

PROGRAMA, 2010 / 2011

MOVIMIENTOS LITERARIOS

Y ANÁLISIS DE TEXTOS EN PRENSA

Grupo "F". Anual.

Profesor: Félix Rebollo Sánchez.

<https://felixrebollosanchez.wordpress.com/>

PARTE TEÓRICA

- 1.- Orígenes y actualidad de la relación Literatura-Periodismo.
Primeros balbuceos. Los juglares, hojas volanderas.
Siglos: XVI-XVII-XVIII-XIX-XX-XXI
- 2.- La Prensa literaria y los Movimientos literarios en los siglos XVIII-XIX
- 3.- Los estudios literarios "ayer-hoy"
- 4.- Movimientos literarios contemporáneos-Periodismo 1900-1940
 - 4.1. Germinalismo. Modernismo, El 98, Novecentismo, Generación del 27
 - 4.2. Revistas literarias (1900-1940)
- 5.- Los vanguardismos europeos y su repercusión en España
 - 5.1. Futurismo
 - 5.2. Cubismo
 - 5.3. Dadaísmo
 - 5.4. Expresionismo
 - 5.5. Surrealismo
 - 5.6. Los genuinos españoles: creacionismo, ultraísmo
 - 5.7. Vanguardia y Generación del 27
 - 5.8. Revistas literarias significativas (1900-1939)
- 6.- Periodismo literario singular: Julio Camba, E. Díez Canedo,
González Ruano, Ortega y Gasset, Fernanflor, Mariano de Cavia,
Salvador de Madariaga, Manuel Azaña, Corpus Barga.
- 7.- Periodismo y movimientos literarios de 1940-2011
 - 7.1. Las revistas literarias de posguerra
 - 7.2. Poesía, novela, teatro
 - 7.3. Revistas Literarias y Culturales (1995-2005)
8. Crítica literaria en las revistas literarias y en la Prensa escrita de 1940-2011
 - 8.1. Suplementos literarios

PRÁCTICA

Lecturas:

- 1.- Rebollo Sánchez, F., *Literatura y Periodismo hoy*. Madrid, Fragua
 - 2.- Lawrence, D. H., *Mujeres enamoradas*. Madrid, Cátedra/Otras
 - 3.- Zweig, S., *Veinte horas en la vida de una mujer*. Barcelona, El Acantilado
 - 4.- Valle-Inclán, R. M., *Romance de lobos*. Madrid, Espasa Calpe
 - 5.- Pérez Galdós, B., *La Fontana de Oro*. Madrid, Alianza
 - 6.- Brontë, E., *Cumbres borrascosas*. Madrid, Cátedra /Otras
 - 7.- Rebollo Sánchez, F., *Antonio Machado: entre la Literatura y el Periodismo*. Madrid, Fragua
 - 8.- Alberti, R., *Sobre los ángeles*. Madrid, Cátedra/Otras
 - 9.- Torrente Ballester, G., *Don Juan*. Madrid, Alianza/Otras
 - 10.- Alcoforado, M., *Cartas de la monja portuguesa*. Barcelona, Acantilado
 - 11.- Fernández de Andrada, *Epístola moral a Fabio*. Barcelona, Crítica/Otras
 - 12.- Pérez Galdós, B., *Santa Juana de Castilla*. Madrid, Fragua, 2010
-

Trabajos:

- 1.- Del libro *Galdós y Misericordia* (mira la bibliografía del Programa, Rebollo Sánchez, F.), contesta a las tres preguntas que vienen en negrita en la página 55 dentro del apartado “Tus opiniones como lector crítico”. Lo que pretendo es que ya comiences a ser un lector/a crítico. No olvides lo primordial: **la creatividad**.
- 2.- Comentario, artículo, reseña o crónica de las obras de teatro que vayamos a ver, conferencias, visionados en clase, durante el curso 2010 / 2011.

Organización de las clases:

Los lunes los dedicaremos a la parte práctica (comentarios de textos literarios-periodísticos, debates de obras literarias y de las representaciones escénicas que vayamos a ver). **Los martes** a la parte teórica.

Exámenes y criterios de evaluación.

Los alumnos / as que lo deseen, podrán examinarse en la última semana de mayo de 2011. No es obligatorio. Aquellos que suspendan podrán repetirlo- o de la parte que esté “en suspenso”-, en el mes de junio, el día que nos fijen en el calendario oficial. El examen final o extraordinario constará de:

- 1.- Dos preguntas teóricas del Programa (2.5 puntos)
- 2.- Dos preguntas de las obras de lectura obligatoria del Programa (5 puntos)
- 3.- Un comentario de texto del Programa (2.5 puntos)

Criterios de evaluación

Las calificaciones de los trabajos, que serán voluntarios, y de la reseña-comentario-crónica-conferencias-visionados, que también serán voluntarios, tienen el mismo valor que los llamados exámenes tradicionales. En la nota final de curso, el profesor también tendrá en cuenta la participación en los debates de los alumnos/as tanto en clase como en el “campus virtual”; de ahí, casi la obligatoriedad de la ficha, y cuanto antes. A buen seguro, que así, el profesor se equivocará menos en la nota que plasme en el acta final. Pero, no olvides que lo capital es tu formación. Por último, como criterio singular de evaluación, el profesor podrá premiar a los/as alumnos que hayan sobresalido **en todos los apartados anteriores**, con la exención del examen final. **Para obtener la máxima**

calificación es obligatorio haber participado en todos los apartados y criterios de evaluación del Programa.

Por último, para los que no quieran o no puedan ejercitar los criterios anteriormente descritos tienen derecho al examen y sólo, por tanto, el profesor tendrá en cuenta lo que realicen en la Prueba. Si algunos/as participan en parte de los criterios descritos, se valorará en la nota final.

Más adentro, como a la mitad del pasadizo, a la izquierda, había otro grupo, compuesto de un ciego, sentado; una mujer, también sentada, con dos niñas pequeñuelas, y junto a ella, en pie, silenciosa y rígida, una vieja con traje y manto negros. Algunos pasos más allá, a corta distancia de la iglesia, se apoyaba en la pared, cargando el cuerpo sobre las muletas, el cojo y manco Eliseo Martínez, que gozaba el privilegio de vender en aquel sitio *La Semana Católica*. Era después de Casiana, la persona de más autoridad y mangoneo en la cuadrilla y como su lugarteniente o mayor general.

Total: siete reverendos mendigos, que espero ha de quedar bien registrados aquí, con las convenientes discusiones de figura, palabra y carácter. Vamos con ellos.

La mujer de negro vestida, más que vieja, envejecida prematuramente, era, además de nueva, temporera, porque acudía a la mendicidad por lapsos de tiempo más o menos largos y a lo mejor desaparecía, sin duda por encontrar un buen acomodo o almas caritativas que la socorrieran. Respondía al nombre de la señá Benina (de la cual se infiere que Benigna se llamaba), y era la más callada y humilde de la comunidad, si así se puede decirse; bien criada, modosa y con todas las trazas de perfecta sumisión a la divina voluntad. Jamás importunaba a los parroquianos que entraban o salían; en los repartos, aun siendo leoninos, nunca formuló protesta, ni se la vio siguiendo de cerca ni de lejos la bandera turbulenta y demagógica de la Burlada. Con todas y con todos hablaba el mismo lenguaje afable y comedido; trataba con miramiento a la Casiana, con respeto al cojo, y únicamente se permitía trato confianzudo, aunque sin salirse de los términos de la decencia, con el ciego llamado Almudena, del cual, por lo pronto, no diré más sino que es árabe, del Sus, tres días de jornada más allá de Marrakesh. Fijarse bien.

Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y de buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Su ojos grandes y oscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abultadas coyunturas, no terminaban en uñas de cernícalo. Eran sus manos como de lavandera, y aún conservaban hábitos de aseo. Usaba una venda negra bien ceñida en la frente; sobre ella pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas. **Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle sólo el crucifijo y la lлага en la frente, si bien podría creerse que hacía las veces de ésta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como a media pulgada más arriba del entrecejo.**

A eso de las diez, la Casiana salió al patio para ir a la sacristía (donde tenía gran metimiento como *antigua*) para tratar con don Senén de alguna incumbencia desconocida para los compañeros y por los mismo muy comentada. Lo mismo fue salir la *caparola* que correrse *la Burlada* hacia el otro grupo, como un envoltorio que se echara a rodar por el pasadizo, y sentándose entre la mujer que pedía con dos niñas, llamada Demetrio, y el ciego marroquí, dio suelta a la lengua, más cortante y afilada que las diez uñas lagartijeras de sus dedos negros y rapantes.

-Pero qué, no creéis lo que vos dije? La *caporala* es rica, tal como lo estáis oyendo, y todo lo que coge aquí nos lo quita a las que *semos* de verdadera *solenidá*, porque no tenemos más que el día y la noche.

-Vive por allá arriba-indicó la *Crescencia-orilla en cá los Paúles*.

-Quiá, no, señora. Eso era antes. Yo lo sé todo-prosiguió *la Burlada*, haciendo presa en el aire con sus uñas-. A mí no me la da esa, y he tomado lenguas. Vive en Cuatro Caminos, donde tiene corral, y en él cría, con perdón, un cerdo; sin agraviar a nadie, el mejor cerdo de Cuatro Caminos.

Nota: parte de este texto está comentado en el libro *Gadós y Misericordia*

Don de Yavé son los hijos: es merced suya el fruto del vientre. Lo que las saetas en la mano del guerrero, eso son los hijos de la flor de los años. ¡Bienaventurados los que de ellos tienen llena su aljaba! ¡Qué bonito! Pero luego la que andaba todo el día de Dios como un zarandillo era yo. No es por nada, Mario, pero algún día te darás cuenta de lo poco que me has ayudado en la educación de los niños, que Antonio, que es un gran pedagogo, lo dice, ya ves, que cuando el padre se inhibe, los hijos lo notan, qué cosa, que pueden ser como cojos pero por dentro, ¿comprendes?, tarados o eso. Claro en este punto, no es ninguna novedad, los malos ratos para la madre; que los hombres sois todos unos egoístas, ya se sabe, que ni cortados por el mismo patrón, pero si hay uno que se lleve la palma a este respecto, ése eres tú, Mario, cariño, y perdona mi franqueza. ¡Hay que ver!, se te metió entre ceja y ceja que las niñas estudiaran y ahí las tienes, contra viento y marea, la pobre Menchu, y no te hagas el tonto que sabes de sobra que las niñas que estudian, a la larga, unos marimachos. En cambio, con los niños, muy bonito, otra medida, mira tú qué bien, y si no quieren estudiar que trabajen con las manos. Pero ¿es que estás en tus cabales, Mario? ¿Te imaginas a un Sotillo en mono? Que me aspen si te entiendo, hijo, pero la verdad es que tienes unos gustos que merecen palos, que la vocación es muy respetable, de acuerdo, pero hay vocaciones para pobres y vocaciones para gente bien, cada uno en su clase, creo yo, que a este paso, a la vuelta de un par de años, el mundo al revés, los pobres de ingenieros y la gente pudiente arreglando los plomos de 25 la luz, fíjate qué gracia.

El páramo es una inmensidad desolada, y el día que en el cielo hay nubes, la tierra parece el cielo y el cielo la tierra, tan desamueblado e inhóspito es. Cuando yo era chaval, el páramo no tenía principio ni fin, ni había hitos en él, ni jalones de referencia. Era una cosa tan ardua y abierta que sólo de mirarle se fatigaban los ojos. (...) Padre solía subir a aquel desierto siempre que se veía forzado a adoptar alguna resolución importante. (...) Yo me sé que Padre subió varias veces al páramo por causa mía, aunque en verdad yo no fuera culpable de sus disgustos, pues el hecho de que no quisiera estudiar ni trabajar en el campo no significaba que yo fuera un holgazán. Yo notaba en mi interior, desde chico, un anhelo exclusivamente contemplativo y tal vez por ello nunca me interesó el colegio, ni me interesó la petulancia del profesor, ni el tablero donde dibujaba con tizas de colores las letras y los números. Y un domingo que padre se llegó a la capital para sacarme de paseo, se tropezó en el patio con el Topo, mi profesor, y fue y le dijo: “¿Qué?” Y el maestro respondió: “Malo. De ahí no sacamos nada; lleva el pueblo en la cara”. Para Padre aquello fue un mazazo y se diría por sus muecas y aspavientos y el temblorcillo que le agarraba el labio inferior que el había proporcionado la mayor desilusión de su vida.

Por el verano él trataba de despertar en mí el interés y la afición por el campo. Yo miraba a los hombres hacer y deshacer en las faenas y Padre me decía: “Vamos, ven aquí y

echa una mano”. Y yo echaba, por obediencia, una mano torpe e ineficaz. Y él me decía: “No es eso, memo. ¿Es que no ves cómo hacen los demás? Yo sí lo veía y hasta lo admiraba porque había en los movimientos de los hombres del campo, un ritmo casi artístico y una eficacia palmaria, pero me aburría. Al principio pensaba que a mí me movía el orgullo y un mal calculado sentimiento de dignidad, había tal sino una vocación diferente. Y al cumplir los catorce, Padre me subió al páramo y me dijo: “Aquí no hay testigos. Reflexiona: ¿quieres estudiar?” Yo le dije: “No”. Me dijo: “Te gusta el campo?” Yo le dije: “Sí”. Él dijo: “¿Y trabajar en el campo?” Yo le dije: “No”. Él entonces me sacudió el polvo en forma y ya en casa, soltó al Caqui y me tuvo cuarenta y ocho horas amarrado a la cadena del perro sin comer ni beber”.

El aire de fuera resultaba ardoroso. Me quedé sin saber qué hacer en la larga calle de Muntaner bajando en declive delante de mí. Arriba, el cielo, casi negro de azul, se estaba volviendo pesado, amenazador aun, sin una nube. Había algo aterrador en la magnificencia clásica de aquel cielo aplastado sobre la calle silenciosa. Algo que me hacía sentirme pequeña y apretada entre fuerzas cósmicas como el héroe de una tragedia griega.

Parecía ahogarme tanta luz, tanta sed abrasadora de asfalto y piedras. Estaba caminando como si recorriera el propio camino de mi vida, desierto. Mirando las sombras de las gentes que a mi lado se escapaban sin poder asirlas. Abocando en cada instante, irremediabilmente, en la soledad.

Empezaron a pasar autos. Subió un tranvía atestado de gente. La gran vía Diagonal cruzaba delante de mis ojos con sus paseos, sus palmeras, sus bancos. En uno de estos bancos me encontré sentada, al cabo, en una actitud estúpida. Rendida y dolorida como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

Me parecía que de nada vale correr si siempre ha de irse por el mismo camino, cerrado, de nuestra personalidad. Unos seres nacen para vivir, otros para trabajar, otros para mirar la vida. Yo tenía un pequeño y un ruin papel de espectadora. Imposible salirme de él. Imposible libertarme. Una tremenda congoja fue para mí lo único real en aquellos momentos.

Empezó a temblarme el mundo detrás de una bonita niebla gris que el sol irisaba a segundos. Mi cara sedienta recogía con placer aquel llanto. Mis dedos lo secaban con rabia. Estuve mucho rato llorando, allí, en la intimidad que me proporcionaba la indiferencia de la calle, y así me pareció que lentamente mi alma quedaba lavada.

En realidad, mi pena de chiquilla desilusionada no merecía tanto aparato. Había leído rápidamente una hoja de mi vida que no valía la pena recordar más. A mi lado, dolores más grandes me habían dejado indiferente hasta la burla.

Corrí, de vuelta a casa, la calle Aribau casi de extremo a extremo.

Si nuestra antigua literatura fue en nuestro siglo de oro más brillante que sólida, si murió después a manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y se vio atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperamos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que componemos, toda de verdad como de verdad es nuestra sociedad, sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza, joven, en fin, como la España que constituimos. Libertad en

literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos a un libro: ¿Nos enseñas algo? ¿No eres la expresión del progreso humano? ¿No eres útil? Pues *eres bueno*. No reconocemos magisterio literario en ningún país; menos en ningún hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo; no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea más fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre; no le bastará como al clásico abrir a Horacio y a Boileau y despreciar a Lope o a Shakespeare; no lo será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Víctor Hugo y encerrar las reglas con Moliere y con Moratín; no, porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderón, Moliere al lado de Lope; a la par, en una palabra, Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Víctor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro, por lo tanto, del porvenir; estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es, para conocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.

Nota: este texto lo tenéis comentado en el libro *Literatura y Periodismo hoy*

A este ejercicio atropellado del pensamiento y de la palabra, a este sport literario llegué yo —permitidme este recuerdo personal— cargado de libros viejos; que fueron lo que más fácilmente, cuando niño, se me vinieron a las manos; pero bien pronto hube de renunciar al oro cárdeno y el marfil dorado de la prosa de nuestros abuelos, y aprender que el periodismo es realidad, es acción, es vida; germinación súbita, desplegamiento de ideas innumeradas, entre luz y entre impureza. Yo entraba en la reducción vestido de trusa y sombrero, como un hidalgo de los tiempos de Felipe II, y encontraba allí escritores con la americana del burgués y hasta con la blusa del obrero. No vacilé sin embargo; me arrojé, en la vida, en la prosa moderna. Procuré desenvolverme de ropón de bordado terciopelo de mis autores y de su morrión de joyeles y plumas para circular más fácilmente con telas sencillas, de esas que se ciñen como otra piel al cuerpo; para andar al estilo de la breve, rápida y tornasolada lengua francesa. Tengo, sin embargo, a dicha, no haber conseguido del todo este propósito: ¡aquel aroma del primer licor generoso que se vertió en los odres percíbese en el vino de hogño, y los zapatos del cazador de monte huelen siempre a romero!

El periodista suele llegar al trabajo sin el estudio de los autores antiguos; tiene tiempo de ir formándose y nutriéndose; pero yo digo que si ha llegado sin el maletín de cuero, cosido en arabescos, de siglo de oro, podrá entrar en las Cámaras y en los Ministerios, no en las tertulias de los sabios en letras. Y, es más; no alcanzará el dictado de periodista insigne; porque las ideas de la política son muchedumbre de diosas y esclavas igualmente prostituidas; que sólo tienen la virtualidad y la hermosura que les da quien las elige y las llama. Los efectos en el periodismo están reservados a los literatos; y, no es la Verdad, no es la Razón, quien derriba gobiernos, quien instituye dictaduras, quien agita las muchedumbres, quien oscurece o ilumina las conciencias; lo es una pluma... ¡Una pluma;

creadora de palabras que nos conmueven, que nos deslumbran, que nos inflaman! ¡Sólo el literato es efectista; sólo él puede ser sensacional!

Y no es posible ser literato sin conocer por sus nombres, las suavidades, las energías, las astucias y los misterios de la lengua. No hay actor ni hay escritor sin guardarropa histórico; porque no hay poder sin músculos y sin sangre; porque no le hay sin asimilación, sin autoridad, sin respeto. Y, es más noble que quien lo es quien lo parece. Y, más nos dice quien evoca nuestros recuerdos que quien nos aprende cosas nuevas; y no hay árbol que dé mejor sombra que el de nuestro huerto, ni pájaros que canten como los de ese árbol. Quiero decir que las palabras castizas llevan, en sí propias, iras y lágrimas que no tienen las allegadas y sin contraste; pues no sólo son lo que son sino lo que fueron y el haber sido les da fisonomía familiar y grata. La lengua es la patria; toda ella y más que ella también.

Nota: el texto lo tenéis comentado en el libro *Análisis de textos literarios y periodísticos*

Los redactores de la revista Electra me suplican que encabece esta publicación con algunas líneas, y accedo a su ruego entendiendo que se conforman con una salutación cariñosa...Ya lo creo que se conformarán, porque las ideas que ha de ser, según parece, el alma y al propio tiempo la enseña de su periódico, no las tengo yo, bien lo sabe Dios, recopiladas a prevención y armadas en aparato lógico como los programas de las escuelas o sus similares los programas políticos.

No me tengo por maestro de nadie, sino más bien por discípulo, poco aventajado ciertamente, de la realidad y de los hechos humanos. No me pidan sistemas ni el orden sociológico ni tampoco en el artístico, que todo esto me viene muy ancho, como vulgarmente se dice. Los sistemas y las ideas que los forman no sé cómo se dan, o cómo se crean. A veces los encuentra uno nacidos del cerebro de un superior ingenio, pero comúnmente los vemos engendrados, por obra del Espíritu Santo, en el seno más o menos virginal de la multitud, entendiendo por ésta todo el seno social, clases altas, medias y plebe. Venga el pan nuevo de donde viniere, por mi parte declaro que lo único que sé es recogerlo, así en la calle como en el hogar, ya e el disertar de los sabios, ya en el charloteo de los indoctos.

Si alguna cualidad posee el que esto escribe, digna de la estimación de sus amigos, es la de vivir con el oído atento al murmullo social, distrayéndose poco de este trabajo de vigía o de escucha: trabajo que subyuga el espíritu, se convierte en pasión y acaba por ser oficio.

Los fundadores de Electra son jóvenes, se hallan en la edad y sazón más propias para engolfarse en las abstracciones y para lanzarse a investigar principios y construir sistemas. De ellos recibiré yo las ideas y ellos de mí noticias de cosas contempladas y oídas. Podrá ser que ellos me den un bien armado esqueleto y que yo lo vista de carne; podrá ser que si me dan un cuerpo con toda su anatomía le ponga yo la ropa, mirando más a la moda futura que a la corriente, sin olvidar en algunos casos la moda ideal, que es una decente desnudez.

Quedamos en que no han de pedirme ideas. Consejos ya es otra cosa. Me permito, pues, oficiar de maestro, mejor dicho, de dómine, en un asunto que no es arte, sino de disciplina artística. Con la entonación más grave que puedo tomar, les recomiendo que trabajen sin descanso; que no den entrada en sus espíritus al desaliento; que sean perseverantes, testarudos y hasta machacones; que el último momento de un descalabro sea primero de una nueva tentativa; que se propongan

un fin, y cierren los ojos a todos los obstáculos que el camino les ofrezca, bien persuadidos de que no hay dificultades ni distancias que resistan a estas dos poderosas fuerzas: paciencia y voluntad.

Nota: texto comentado en el libro *Periodismo y Movimientos Literarios Españoles Contemporáneos*.

¡Oh la enorme tristeza de la voz cascada, de la voz mortecina que sale del pulmón de ese plebeyo, de ese poco romántico instrumento!

Es una voz que dice algo monótono, como la misma vida; algo que no es gallardo, ni aristocrático, ni antiguo; algo que no es extraordinario ni grande, sino pequeño y vulgar, como los trabajos y los dolores cotidianos de la existencia.

¡Oh la extraña poesía de las cosas vulgares!

Esa voz humilde que aburre, que cansa, que fastidia al principio, revela poco a poco los secretos que oculta entre sus notas, se clarea, se transparenta, y en ella se traslucen las miserias del vivir de los rudos marineros, de los infelices pescadores; las penalidades de los que luchan en el mar y en la tierra con la vela y con la máquina; las amarguras de todos los hombres uniformados con el traje azul sufrido y pobre del trabajo.

¡Oh modestos acordeones! ¡Simpáticos acordeones! Vosotros no contáis grandes mentiras como la fastuosa guitarra; vosotros no inventáis leyendas pastoriles como la zampoña o la gaita; vosotros no llenáis de humo la cabeza de los hombres como las estridentes cornetas o los bélicos tambores. Vosotros sois de de nuestra época: humildes, sinceros, dulcemente plebeyos, quizá ridículamente plebeyos; pero vosotros decís de la vida lo que quizá la vida es en realidad: una melodía vulgar, monótona, ramplona, ante el horizonte ilimitado.

He abierto la ventana. Entra sin hacer ruido
(afuera deja sus constelaciones).
“Buenas noches, Noche”.
Pasa las páginas de sombra
en las que todo ya está escrito.
Viene a pedirme cuentas.

“Salí al rayar el alba —digo—.
Lamía el sol las paredes leprosas.
Olfía a vino, a miel, a jara”.
(Deslumbrada por tanta claridad
ha entornado los ojos.)
La llevan mis palabras por calles, ascuas, no lo sé:
Oye la plata de las campanadas.
Ante la puerta de la iglesia
Me callo, me detengo —entrará conmigo
si yo no me callase, si no me detuviera—;
yo sé bien lo que quiere la Noche;
lo de todas las noches;
si no, por qué habría venido.
Ya mi memoria no es lo que era. En la misa del alba
No dije Agnus Dei qui tollis peccata mundi,
Sino que dije Marta Dei(ella es también cordero de Dios
que quita mis pecados del mundo.)
La Noche no podría comprenderlo,
Y qué decirle, y cómo, para que lo entendiese.
No me pregunta nada la Noche,
No me pregunta nada. Ella lo sabe todo
Antes que yo lo diga, antes que yo lo sepa.
Ella ha oído esos versos

que se escupen de boca en boca, versos
 de un malaleche del Andalucía
 (al que otro malaleche del solar montañés
 llamara “capellán del rey de bastos”-
 en los que se hace mofa de mí y de Marta,
 amor mío, resumen de todos mis amores:
 Dicho me han por una carta
 que es tu cómica persona
 sobre los manteles, mona
 y entre las sábanas, Marta.
 Qué sabrá ese tahúr, ese amargado
 lo que es amor.
 La Noche trae entre los pliegues de su toga
 Un polvillo de música, como el del ala de la mariposa.
 Una música hilada en la vihuela
 Del maestro de danzar, nuestro vecino.
 En la cocina la estará escuchando Marta;
 Danzará, mientras barre el suelo que no ve,
 manchado de ceniza, de aroma, de trigo candeal,
 De jazmines, de estrellas, de papeles rompídos.
 Danza y barre Marta.
 Pido a la Noche que se vaya. Hasta mañana, Noche.
 Déjame que descanse. Cuando amanezca regaré el jardín,
 saldré después de decir misa

Deus meus, Deus meus, quare tristis est anima mea-
 luego volveré a casa, terminaré una epístola en tercetos,
 escribiré unas hojas
 de la comedia que encargaron unos representantes.
 Que las cosas no marchan bien en el teatro,
 y uno no puede dormirse en los laureles.

Hasta mañana, Noche.
 Tengo que dar la cena a Marta,
 Asearla, peinarla(ella no vive ya en el mundo nuestro),
 Cuidar que no alborote mis papeles,
 Que no apuñale las paredes con mis plumas
 mis bien cortadas plumas-
 tengo que confesarla. “Padre, vivo en pecado”
 (no sabe que el pecado es de los dos),
 y dirá luego: “Lope, quiero morirme”
 (y qué sucedería si yo muriese antes que ella).
 Ego te absolvo.

Y luego, sosegada, le contaré, para dormirla,
 aventuras de olas, de galeones, de arcabuces, de rumbos marinos,
 de lugares vividos y soñados: de los que fue
 y que no fue y que pudo ser mi vida.

Abre tus ojos verdes, Marta, que quiero oír el mar.

Nota: Poema comentado en el libro *Análisis de textos literarios y periodísticos*.

¿No es verdad que estas palabras: “Santiago, Patrón de España”, despiertan enseguida en nosotros aquella visión de niños: un peregrino montando un brioso caballo (¡singular composición!), espada en alto, en actitud de acuchillar un tropel de moros

que huyen despavoridos? Y, enseguida, la Reconquista, aquella Reconquista de los epítomes-compendios, Clavijo, las Navas, y los Alfonsos, y fechas aprendidas nemotécnicamente, imborrables, se alzan en bélico torbellino entre los rayos ardientes del sol de julio que cobija la fiesta esplendorosa. ¡España! ¡España! ¡Santiago! ¡España! ¡Guerra! ¡Moros y cristianos!

España... Y enseguida nos aparece la piel de vaca extendida en el mapa, prendida de un lado de Europa por los Pirineos, con un gran zurcido al otro lado, Portugal, toda rodeada de unas letras muy negras muy espaciadas sobre el fondo gris de los mares: mar Cantábrico, Océano Atlántico, mar Mediterráneo; y, abajo, este fondo gris se estrecha tanto que la punta de España se uniría al gran continente africano; pero no, hay un poquito de mar en medio; y aún, en la punta de la misma hay una manchita, cosa de nada, Inglaterra.

Y cuando estas visiones de nuestros años infantiles se desvanecen ahora súbitamente como un espejismo en la ardiente irradiación del Sol de julio, quedamos con una sensación de vacío, de desconcierto, y nos cogemos otra vez ávidamente a las palabras ¡España, España!... Ya pasó la Reconquista, pasaron aquellos moros y aquellos cristianos: las Navas, Clavijo...; ¡qué remoto es eso!, ya hemos perdido el sentido de aquella España. ¡Otra, otra España...! la de ahora!, y nos excitamos a evocar la España de ahora; y otra vez surge el mapa, la piel de vaca, tirante, prendida a Francia por arriba, de la cabeza de alfiler de Gibraltar por abajo, junto a la gran expansión de África; y a un lado el remiendo de Portugal, y en torno los mares. Esta es España, y ¿qué más?... La Historia...; vuelta a lo pasado! No; ahora, ahora. ¿Qué es España ahora? Su anhelo ¿adónde va? Su espíritu, ¿dónde está? ¿Dónde está España? No pregunto dónde está el mapa de España, ni dónde está la historia sino ¿dónde está España?

Y su Patrón, Santiago, el de Clavijo y los moros, el de la Reconquista, el de las visiones, el de estos reinos, ahora en que ya no hay moros, ni reconquistas, ni visiones, ni reinos, porque hay uno solo en España, y otro de Portugal; ¿dónde está ahora Santiago?, ¿dónde está en la tierra como en el cielo?

Me dicen que allá, en la misteriosa Galicia, la tierra más dulce de España hay una vetusta Catedral, donde entre lámparas de plata y de plata y grandes incensarios se guarda el sepulcro del Santo, objeto de la devoción antigua de aquellos sencillos labriegos que parecen vivir en un lejano ensueño, más lejano aún que las visiones del Santo en las batallas y las glorias de la Reconquista. No otras serían las gentes a las que predicó el Apóstol cuando, según la leyenda, de Judea vino a España, trayendo escondida bajo la esclavina del peregrino la primera luz del Evangelio. Él había sido también un hombre oscuro; uno de aquellos pobres pescadores a quienes Jesús, después de obrar un milagro ante sus ojos maravillados, decía simplemente: “Seguidme.” Y ellos, sin una pregunta, sin una duda, fascinados, dejando caer de sus manos las redes cargadas, dejando sus barcas en la playa, sus familias en el hogar, sus amigos, su tierra, todo, iban, iban tras Jesús, viviendo sólo de su palabra y de su presencia. Y éste era uno de los predilectos, de los que le vieron en el Huerto y en el Tabor, y después de la Resurrección. Era hermano de aquel San Juan a quien tanto amó Jesús, del Evangelista. Y dicen que, después de haber recibido la luz del Espíritu Santo, volvióse gran predicador, y que tenía su palabra una virtud especial para conmover y convertir; y así vino a España a predicar, y tras haberla dejado sembrada de cristianos, y habérsele aparecido la Virgen en el Pilar —¡y entonces la Virgen vivía aún en la tierra!— volvióse a Judea. Y allí siguió predicando hasta que fue preso y degollado, y enterrado su cuerpo en Jerusalén.

Pero de España le habían seguido unos discípulos -unos españoles se habían ido con él- y éstos desenterraron su cuerpo y, como un tesoro para su patria, se lo llevaron a Iria Flavia, pueblo de Galicia, y al cabo de muchos siglos, esto es, que había tenido tiempo de consumirse toda la fuerza del Imperio romano, y que habían pasado los bárbaros invasores, y que se habían abierto tantos sepulcros sobre tantos sepulcros, y que habían reinado en España las dinastías godas, y habían caído, y habían dominado los árabes las mismas tierras, y no hacía más que empezar la reconquista cristiana, entonces un rey trasladó el cuerpo del Apóstol de Iria a Compostela, donde todavía se venera, al cabo de otros tantos siglos, con una devoción que más podemos imaginar semejante a la de aquellos discípulos que lo trajeron de Jerusalén a Galicia como un tesoro, que a la de aquellos que lo veían extrañamente transfigurado en guerrero volando por los aires en brioso corcel y acuchillando moros.

Porque el ideal del cuerpo milagroso del Apóstol allí está en la oscura devoción de las buenas gentes de ahora; pero la batalla de Clavijo y la brillante visión guerrera, ¿dónde está? ¿Dónde está el grito de Santiago y cierra España? Perdióse en el viento de los siglos.

Ya no existe aquel Patrón de España ni la España de aquel Patrón. Santiago está en el cielo y en Galicia. España está en la Historia y en el mapa.

Y cuando al encontrar el día de hoy señalado todavía en el calendario con estas palabras: “Santiago, Patrón de España”, queremos encontrar al mismo tiempo el sentido actual de esta locución, nuestros ojos pensativos quedan deslumbrados por la ardiente irradiación del sol de estío, el mismo que alumbró la predicación del Apóstol, el mismo que alumbró las batallas de la Reconquista, y que hoy nos deslumbra sin visión actual alguna de España. Es un día de estío más; y en cuanto a fiesta nacional, nuestra mente sólo puede llenarla con un recuerdo infantil; pero nuestro corazón de hombres tiene esperanza bastante para transfigurar esta fiesta y todas las del calendario.

Nota: texto comentado en el libro *Análisis de textos literarios y periodísticos*

He aquí un manifiesto literario donde la más entusiasmada representación de la juventud literaria madrileña, hace constar su fe en el nuevo arte, iniciado en España por el maestro Rafael Cansinos-Assens, y que, bajo el nombre conquistador “Ultra”, viene a ser como una aurora en medio de la decadencia novecentista

Ni que decir tiene que, como todo lo que es rebelde y es moderno, cuenta con nuestras más sinceras simpatías.

ULTRA

Los que suscriben, jóvenes que comienzan a realizar su obra, y que por eso creen tener un valor pleno de afirmación, de acuerdo con la orientación señalada por Cansinos-Assens en la interviú que en diciembre último celebró con el X. Bóveda en el Parlamentario, necesitan declarar su voluntad de un arte nuevo que sopla la última evolución literaria: el novecentismo.

Respetando la obra realizada por las grandes figuras de este movimiento, se sienten con anhelos de rebasar la meta alcanzada por estos primogénitos, y proclaman la necesidad de un ultraísmo, para el que invocan la colaboración de toda la juventud literaria española.

Para esta obra de renovación literaria proclaman, además, la atención de la prensa y de las revistas de arte.

Nuestra literatura debe renovarse, debe lograr su ultra, como hoy pretenden lograrlo nuestro pensamiento científico y político.

Nuestro lema será *ultra*, u en nuestro credo cabrán todas las tendencias sin distinción, con tal que expresen un anhelo nuevo. Más tarde, estas tendencias lograrán su núcleo y se definirán. Por el momento creemos suficiente lanzar este grito de renovación y anunciar la publicación de una revista que llevará este título de *Ultra*, y en la que sólo lo nuevo hallará acogida.

Jóvenes, rompamos por una vez nuestro retraimiento y afirmemos nuestra voluntad de superar a los precursores. Xavier Bóveda - César A. Comet – Fernando Iglesias – Guillermo de Torre – Pedro Iglesias Caballero – Pedro Garfias – J. Rivas Penedas – J. De Aroca

Nota: texto comentado en mi libro *Periodismo y Movimientos Literarios Españoles Contemporáneos*

Se trata de establecer en Madrid un mercado permanente de libros viejos. Que sea pronto y lo mejor posible. Una ciudad de tanto abolengo literario como Madrid no puede contentarse con esas rápidas ferias de libros viejos que suelen coincidir con las verbenas. Tampoco son suficiente sus librerías de lance. Hace más falta: hace falta un paraíso para los bibliófilos.

He dicho un paraíso, y el vocabulario no es mío: es de un profesor de Sorbona, que lo aplica a toda esa parte de París en que están establecidos las tiendas y los puestos de libros viejos, a todo ese barrio del Instituto, tantas veces –y tan amorosamente- descrito por Anatole France. En realidad, hay en París bouquiniales por todas partes; pero los clásicos, los pintorescos y los más característicos son los que tienen su comercio entre el puente de las artes y el de la Tournelle y en esas dos o tres calles que nacen en los muelles del Sena y terminan junto a Saint-Germain-des Prés.

Bouquin, entre otras cosas significa libro usado. Bouquiniste es el traficante de libros viejos, y bouquinier es el que los busca, el que los ama, el que los compra, el que los guarda en su biblioteca celosamente y en algunas ocasiones los lee... Porque el bouquinier no ha de ser emparentado con el erudito. Este devora libros, se los traga con fría voracidad y los devuelve en comentarios, apostillas y notas, casi siempre plúmbeas y somníferas, en tanto que el bouquinier es el hombre que aspira el perfume de los libros, que palpa su envoltura y sus hojas, que se deleita con los detalles y gracias de su impresión. Puede decirse –extremando el contraste- que el erudito considera a los libros como frutos que han de ser sorbidos o exprimidos, y que para el bouquinier son flores: las flores de su paraíso artificial.

Pero ha de reconocerse que en ciertos casos, el erudito y el bouquinier se confunden en la misma persona. Esto acontecía con Renán. Esto sucede con Anatole France, y —entre otros— con el profesor de la Sorbona a quien me refería antes. No hay para este último placer comparable al de recorrer los baratillos del Sena. Conoce, uno por uno, a todos los bouquinistas, desde los que tienen sus cajones —siempre sobre el parapeto del río— a espaldas de Notre Dame, hasta los que han ido a buscar la sombra protectora del Instituto. Conoce también a los libreros de tienda, a los que editan catálogos y proporcionan los libros únicos, las ediciones príncipes, los ejemplares anotados por comentaristas ilustres, los volúmenes que pertenecieron a un poeta célebre o a un gran escritor. Pero mi catedrático prefiere los baratillos del parapeto. ¿Y saben ustedes por qué? Por el agua. La corriente fluvial, que ve y escucha deslizarse, le sirve para contrastar la fluidez de la prosa, que está leyendo antes de comprar el libro. Dice que la buena prosa no puede ser comparable al mar ni al torrente, sino al río; al río que

concluye en el mar. Dice –aparte esta afirmación, dulcemente arbitraria y muy francesa, pues la prosa gala es fluida y fácil, como de escritores de río- que el libro viejo necesita para ser saboreado aire, agua y luz, y que no hay lugar en el mundo donde sea tan deleitosa la lectura de un pasaje de un libro cualquiera como en los tenderetes del Sena, bajo el cielo gris del invierno, a la sombra de los álamos del estío, y pudiendo en toda estación reposar la vista en el ábside de Nuestra Señora, en la perspectiva de los puentes, en la línea armoniosa del Louvre, en todo aquel París que a cada paso describen los mismos libros que, el bouquinieur hojea y acaricia antes de concluir su compra o de renunciara a ella con un suspiro de piedad. Porque hay, naturalmente, muchos libros malos, peor aún: muchos libros grises en los baratillos del Sena. Son los que un día, cansado de su permanencia en el cajón, venderá el propio bouquiniste a algún chalán del famoso “Mercado de las Pulgas”, de Saint-Ouen, o de algún fabricante de papel.

No vaya a creerse que la bibliofilia o la bibliomanía son pasiones o achaques de personas sabias y provecas. Hay todavía quien se figura al bibliófilo, al enamorado de los libros, como un señor de más de medio siglo, vestido a la moda de diez años ha, con chistera o chambergo, unas antiparras formidables y, desde luego, armado de una lente para descifrar los más intrincados enigmas tipográfico. Ese es el bibliófilo o bouquinieur de la caricatura de los tiempos de Gavarni.

El amante de los libros tienen todas las edades, a partir de la adolescencia. (Yo sé de criaturas que se sienten atraídas por los libros antes de saber leer.) El bouquinieur es joven o viejo, rico o pobre, viste falda o pantalón. No hay exclusivas ni excepciones en esto de querer al libro, de adorarlo egoístamente, substrayéndolo al manejo o la ignorancia del vulgo.

He conocido en Francia algunas bibliófilas tan vehementes, tan apasionadas, que habían transformado sus alcobas en bibliotecas y dormían entre sus libros, en un pequeño diván, junto al estante “de los simbolistas” o cerca del que sustentaba las obras completas en ediciones de lujo, de Flaubert y de Maupassant. He conocido muchos casos de bibliofilia, pero ninguno más encantador que el de una pareja de novios, que todos los domingos dedicaban la tarde “a ir poniendo su biblioteca”. Ambos eran de posesión modesta y trabajaban toda la semana, respectivamente en un ministerio y en un taller. Los domingos se daban rendez-vous en un restaurante del muelle Voultaire, y concluido el ligero almuerzo se cogían del brazo y comenzaban la búsqueda de los libros que se habían propuesto encontrar. ¡Qué alegría tuvo ella al descubrir una vez todo Balzac, un Balzac pequeño y económico de la edición del centenario! ¡y qué sonrisas graves las de él cuando tropezaba con Villon impreso en Amberes o con una de las primeras ediciones de Verlaine! Además de adorarse, aquellos dos jóvenes adoraban los libros. Y es muy posible que este amor intelectual fuese la más sólida garantía de otro amor... Porque la infidelidad es hija del tedio, y no hay contra el tedio bálsamo comparable al de la lectura.

¿Vendrán muchos novios al mercado de libros viejos de Madrid? ¿Tendrán los libros en ese mercado, ya que no agua, mucho aire y mucha luz? No existe en Madrid un Sena; pero en cambio, el sol luce hasta en enero, y el cielo es generalmente una maravilla de transporte y de color. La feria de los libros debe ser clara y amable como un jardín. Falta en España el amor al libro. El bibliófilo es aquí un iniciado un ser aparte. Es preciso aumentar su número e inventar un verbo gracioso y expresivo que dé idea de la rebusca delicada y consciente del libro y de la noble pasión que nos induce a ella.

Hace pocos días, en una charla que di al invisible auditorio de Radio-Barcelona, traté de la sardana. Desde unos minutos después de la emisión no cesan de llegarme invitaciones a que publique mis palabras, o, por lo menos, facilite de ellas copia. Hasta de Londres, donde fui oído, recibo semejante solicitud. Voy a complacerles a todos condensando aquí lo que dije. Mi estampa literaria venía a ser más o menos, así:

Domingo. Uno de esos días de oro que el clima de Barcelona nos regala tan generosamente. En competencia los azules del cielo y del mar; toda la alegría del mundo entre sus dos cristales infinitos. A un lado de la Plaza de España, como al margen de los torrentes de circulación, se ha congregado una compacta multitud. Contiguo hay una especie de estrado donde aparecen músicos provistos del típico instrumental. Uno de ellos trae, pendiente de su pulsera de cuero, un tambor diminuto. La cobla: el caramillo, el tamboril, las tiples, las tenoras, el fiscorno, el contrabajo, La sardana empieza.

Unas notas filantes, cristalinas, mañaneras. No se sabe si es el canto de un pájaro, la flauta de un pastor o el toque de diana de un ejército prehistórico. Es, desde luego una voz clara, precursora, inicial. Tiene la luminosidad rielante del primer rayo del sol brincando sobre la rizada superficie del mar. Es alegre, limpia y cambiante como el rocío. Es, sobre todo, ancestral. Después la música suena con melodía majestuosa y amplia, litúrgica tal vez. Sus notas llenan los ámbitos poderosamente; el aire tiembla y dijérase que el radio de sonoridad es ilimitado, que debe oírse esta música en todo el mundo. ¿Qué significa? ¿Es un himno? ¿Es una plegaria? ¿Es un credo? La sardana tiene ahora un aire dominador, como de quien está muy seguro de sí mismo, y así sus notas bravías se transforman de pronto en un tiempo ágil, jocundo, clamoroso, en un canto de victoria. Bella es la sardana. ¡Bien merece las rimas de Maragall!

En tanto, en la muchedumbre congregada se han abierto claros, escampos, se ha hecho plaza a los que van a bailar. Por de pronto son hasta seis asidos de las manos, pero en seguida la cadena va tomando nuevos eslabones y llega a más de veinte, a más de treinta... No se colige a simple vista quién es la pareja de quién; cada mujer está entre dos hombres y cada hombre entre dos mujeres, Se ignora si los unen el amor, la fraternidad, las dos cosas u otra más indefinible inclinación. La danza no es mímica, ni gimnástica, ni amatoria. Baldío empeño el de quererla clasificar. Es una danza de compases contados, de pasos ciertos, fijos; de movimientos invariables, sujeta a leyes tan exactas como las leyes astronómicas. En tal exactitud, pareja a la del sol, estriba acaso su sentido oculto que no sabemos descifrar. Siglos atrás quedó perdida la claves del misterio. Estamos ante algo prístino cuyo simbolismo se nos escapa.

La mujer, al bailar la sardana, se inhibe, se sustrae, se consagra, adquiriendo un rango superior: como una canéfora, como una vestal, como una sacerdotisa. Su estatua asume una concisión estilizada, sus líneas toman la ingenua sobriedad de un dibujo rupestre; hay en sus brazos abiertos un aleteo rítmico; su cuerpo todo se perfila con cierta honesta inflexibilidad; sus pasos son ceremoniosos, castos, púdicos, rituales; su gesto expresa una emoción, una devoción, que ni ella misma sabría traducir. Yo me atrevería a aventurar la hipótesis de que la sardana es, desde su origen, una danza de doncellas, de seres inmaculados.

Y algo más. Los brazos de los bailarores cierran un círculo en forma de estrella cuyas puntas están en las manos unidad; en forma de estrella cuyas gemas son los rostros de las mujeres; un círculo irrompible; un anillo de vidas que se unen, que se anudan, que se engarzan en el hilo invisible de un sentimiento; un circuito de corriente racial que limita un campo magnético de energía conservado íntegramente a través de las edades.

Dicen que la sardana tiene un origen religioso y que este círculo, que se redondea al bailarla, simboliza el sol; que es una danza del amanecer iniciada por el canto del gallo, y que después, música y mimo celebran el triunfo del día sobre la noche. Yo respeto esa opinión científica, pero me atrevo a preguntar: ¿y por qué no imaginar que es la danza del fuego? El hallazgo del fuego bien pudo sugerirle al hombre primitivo un culto así. Los sabios dirán si la música de la sardana tiene, igual que la hoguera, el principio de una chispa, de una llamita fina y penetrante, como la voz del caramillo; unas llamas, después, que se ensanchan y se ondulan, como la voz de las tenoras y un crepitar violento finalmente, como el tercer tiempo de la composición. En torno al fuego. Por que yo no me resigno a ver libre, vacío, el espacio de ese círculo que se forma para bailar. No hay constelación sin centro ni rueda sin eje. En el centro de ese rol de de la sardana yo siento que existe algo admirable y significativo. Ni la religión ni el idioma son tan buenos testigos de la pureza de una raza como sus danzas primitivas, pervivientes a través de todos los cambios históricos. Las danzas son, de lo tradicional,, lo más permanente. Y así, lo que yo quiero adivinar en el centro del círculo de la sardana es eso: el alma de una raza que, como fuego sagrado, se encendió hace muchos siglos y que arde y arderá sin apagarse nunca, mientras tantas parejas de jóvenes, que son los dueños del porvenir, al escuchar las notas de la danza ínsita, se cojan de las manos y cierren ese anillo tan fuerte como soldado que está con el hierro de la sangre de la misma raza imperecedera.

Texto comentado en mi libro *Periodismo y Movimientos Literarios Españoles Contemporáneos*

Opina el señor Maeztu que ahora triunfan en España las ideas de la generación del 98. ¿Las ideas? No lo entendemos. La posición de aquellos hombres (de aquellos, porque han cambiado bastante), era esencialmente crítica. Si algo significan en grupo (la obra personal los ha diferenciado, jerarquizándolos como es justo) débese a que intentaron derruir los valores morales predominantes en la vida de España. En el fondo no demolieron nada, porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias. Poetas y escritores, la rareza de su crisis juvenil depende de una coincidencia de fechas, al conflicto de la vocación —que es eterno—se juntaron el desconsuelo, el desengaño ante la derrota; incorporaron inmediatamente a su vida sentimental lo que se ha llamado “problema de España”. Desde entonces corre por válida la especie que el ser español es una excusa de la impotencia. Fernando Osorio y Antonio Azorín son dos tipos de ratés que echan la culpa a la raza. A los principiantes de la generación del 98, el tema de la decadencia nacional les sirvió de cebo para su lirismo. Y una ligera excursión por las literaturas contiguas a la nuestra probaría tal vez que su caso fue mucho menos “nacional” de lo que ellos pensaron; que navegaban con la corriente de egolatría y antipatriotismo desencadenada en otros climas. Sea como quiera, la generación del 98 sólo ha derruido lo que acertó a sustituir. Era insoportable plantearse treinta mil problemas previos sobre el valor de la obra que estaba por realizar. El fracaso es para considerado en la vejez, cuando ya nada tiene remedio y se ha corrido el albur del acierto o del yerro. Pero entrar en la vida como querían entrar aquellos hombres del 98, desconsolados, y contemplarla sin la magnífica altanería propia de la juventud, no puede ser más que una enfermedad pasajera, una crisis del crecimiento. La generación del 98 se liberó, es lo normal, aplicándose a trabajar en el menester a que su vocación la destinaba. Innovó, transformó los valores literarios. Esa

es su obra. Todo lo demás está lo mismo que ella se lo encontró. Su posición crítica, que no tenía mucha consistencia, no ha prosperado. ¿Qué cosas de las que hacían rechinar los dientes a los jóvenes iconoclastas del 98 no se mantiene todavía en pie, y más robustas si cabe que hace treinta años? En el orden político, lo equivalente a la obra de la generación literarias del 98, está por empezar.

El único de aquel grupo que, saliéndose de las letras puras, se ha planteado un problema radical (no el de ser español o no serlo, ni el de cómo se ha de ser español, sino el de ser o no ser HOMBRE), es Unamuno. Es demasiada confusión incluir a Costa (por echar mano de un profeta político), sin otro discernimiento, en el grupo de la generación del 98. Hay una rúbrica que los une aparentemente: la protesta. Pero las afinidades profundas de Costa con el decadentismo, la anarquía y la crítica antiespañolista son nulas. Costa, más que un innovador, era un moralizador de la política. El pensamiento en él era poco importante. Poseía un tradicionalismo de fondo, una “creencia” en ciertas instituciones míticas, que se aproximan a las ideas de Maura y de Vázquez de Mella mucho más de lo que a primera vista puede parecer. A Costa no le querían porque era republicano; pero eso prueba que las clasificaciones no sirven para pasado mañana. La “revolución desde arriba” (una frase puesta en circulación por Maura), no significa, por sí misma nada. Depende de quién sea el que esté arriba, y también de los caminos por donde haya llegado. Ateniéndonos al sentido costista, esa revolución significa que el Estado funcione bien; pero da por resuelto el problema del Estado; más aún: acepta el Estado en su forma actual, en el momento de inaugurarse la revolución. Es muy poco revolucionario. A Costa le faltó comprender por qué un pueblo puede sublevarse, en ciertos momentos, para cambiar la Constitución, y no se subleva para que le construyan pantanos. Todo Costa es, seguramente, realizable el día menos pensado, sin que desaparezca ninguna de nuestras aspiraciones actuales. Por añadidura, era jurista. Su tragedia es la de un hombre que quisiera dejar de ser conservador, y no puede. Caso muy español. Entre su historicismo, su política de “calzón corto”, su despotismo providencial y restaurador, el análisis, la introspección y la egolatría de los del 98 hay un mundo de distancia.

Porque no se trata de un impulso natural, como suelen serlo todos los deseos. El niño no se acerca al libro como al juego, al circo o al deporte; no existe entre sus apetencias. Antes bien, suele acoger la invitación al libro como una celada que lo apresará en el tedio. Porque sus primeros contactos con él son de vencimientos de obstáculos; primero, el de descifrar los signos gráficos y el de relacionarlos con el significado del léxico y del discurso; después, el de la comprensión de los distintos saberes que van configurando su currículo escolar. Con el libro de texto, los muchachos, en rigor, no leen, sino que aprenden. No es raro que este esfuerzo los disuada del camino de la lectura; tal vez estimule en ellos el deseo de aprender. Pero el de leer sin la finalidad inmediata del aprendizaje pertenece a otra zona muy diferente del espíritu. No creo apenas en el lector espontáneo; los que solemos tenernos por tales hallaremos en los orígenes de nuestra afición, si recapacitamos, estímulos y contagio. Para unos fue el ambiente familiar; para otros compañeros, amigos, que pusieron en nuestras manos el primer libro. Existía antes la coerción social, que exigía haber leído determinadas obras como señal de respetabilidad. Esta fuerza no ha cesado; se diría, por el contrario, que, entre la juventud, ha crecido. Sólo que no son los libros de antes (conformes, en general, con el orden establecido, y jerarquizados conforme a una única escala de valores), sino otros, normalmente “disidentes”, cuyo conocimiento resulta

necesario al joven para poder ser identificado como miembro de un determinado grupo. Este tipo de lectura ritual, que ha coincidido con el feliz acceso a la instrucción de millones de ciudadanos antes excluidos de ella, explica el aumento cuantitativo de los compradores de libros.

Aun así, nuestro país ocupa un lugar bajo en los índices de consumo. Y ello resulta preocupante, dado que existe una íntima relación entre ese lugar y los otros que definen el estado total de la civilización. No hay ningún síntoma de que esa situación deficiente vaya a mejorar. Y es inútil hacer reproches a los soportes audiovisuales y, en general, electrónicos de la información y de la cultura que minan el terreno del libro, porque constituyen una realidad en expansión y magnífica. Sencillamente, hay que acomodarse a ella y volver a instalar en su seno el deseo de leer como defensa de los peligros que implican esos nuevos medios competidores (a los que la lectura ha de imponer su permanente corrección), y como manera de salvar y de difundir formas y manifestaciones culturales que sólo pueden circular bajo forma escrita, y, de modo necesario, en el continente material de los libros.

¿Pero de qué procedimientos puede servirse el profesor de lengua y literatura para infundir la apetencia lectora? Me temo que la didáctica de la lectura no ha dado aún los pasos importantes que ya urgen para avanzar en ese camino imprescindible. Que, ante esa necesidad, el profesor se halla bastante desamparado, a solas con su intuición, con su arte, con su pericia.

Aún así, parecería que la presentación en clase de grandes obras antiguas o modernas tendría que inducir en muchos escolares, por simple contagio, la afición a ampliar sus lecturas, a crear en ellos la precisión de los libros. Aunque esto ocurre así, no se produce con la normalidad deseada. Y ello hay que achacarlo, en buena medida, a que el estudio de la literatura, en lugar de acercar ésta al alumno, establece entre ella y él una distancia insalvable. Acentúa, en efecto, el carácter excepcional del escritor: se trata de una misteriosa persona, dotada de facultades infusas —cuánto daña el término “inspiración”—, que no posee el común de los ciudadanos, y que, si algún sentimiento suscita es el de admiración.

Barthes, lo hemos dicho, sostiene que la actividad de leer conduce inexorablemente a la de escribir. Se trata, probablemente, de una aserción reversible: escribir mueve de modo perentorio a leer. Es lo que creen algunos pedagogos franceses, seguidores de las ideas del conocido escritor, crítico y profesor, Jean Ricardou. Las expuso —es al menos el primer texto suyo que conozco— en un coloquio celebrado en 1975 en Estrasburgo; las ha defendido una y otra vez: la última exposición que de él he leído es de 1982. Su objetivo es la enseñanza de la literatura; pero nada impide que el método sea aplicado a otras formas no ficticias de la expresión verbal. Se funda, simplemente, en combatir la separación idealista entre la teoría y la práctica, a propósito de los textos. En no limitarse a enseñarlos, a mostrarlos como objetos distantes, a infundir una doctrina histórica y crítica acerca de ellos, sino en convertir a los alumnos en productores de textos, de tal modo que vayan apropiándose, a la vez, de la teoría y de la práctica del escribir (...).

¡Qué gran víspera el mundo!

No había nada hecho.

Ni materia, ni números,

ni astros, ni siglos, nada.

El carbón no era negro
ni la rosa era tierna.
Nada era nada, aún.
¡Qué inocencia creer
que fue el pasado de otros
y en otro tiempo, ya
irrevocable, siempre!
No, el pasado era nuestro:
no tenía ni nombre.
Podíamos llamarlo
a nuestro gusto: estrella,
colibrí, teorema,
en vez de así, “pasado”;
quitarle su veneno.
Un gran viento soplaba
hacia nosotros minas,
continentes, motores.
¿Minas de qué? Vacías.
Estaban aguardando
nuestro primer deseo,
para ser en seguida
de cobre, de Amapolas.
Las ciudades, los puertos
flotaban sobre el mundo,
sin sitio todavía:
esperaban que tú
les dijese: “Aquí”,
para lanzar los barcos,
las máquinas, las fiestas.
Máquinas impacientes
de sin destino, aún;
porque harían la luz
si tú se lo mandabas,
o las noches de otoño
si la querías tú.
Los verbos, indecisos,
te miraban los ojos
como los perros fieles,
trémulos. Tu mandato
iba a marcarles ya
sus rumbos, sus acciones.
¿Subir? Se estremecía
su energía ignorante.
¿Sería ir hacia arriba
“subir”? ¿E ir hacia dónde
sería “descender”?
Con mensajes a antípodas,
a luceros, tu orden
iba a darles conciencia

súbita de su ser,
 de volar o arrastrase.
 El gran mundo vacío,
 sin empleo, delante
 de ti estaba: su impulso
 se lo darías tú.
 Y junto a ti, vacante,
 Por nacer, anheloso,
 Con los con los ojos cerrados,
 Preparado ya el cuerpo
 Para el dolor y el beso,
 con la sangre en su sitio,
 yo, esperando
 —ay, si no me mirabas—
 a que tú me quisieses
 y me dijeras: “Ya”.

Tú no puedes volver atrás
 porque la vida ya te empuja
 como un aullido interminable.

Hija mía es mejor vivir
 con la alegría de los hombres
 que llorar ante el muro ciego.

Te sentirás acorralada
 te sentirás perdida o sola
 tal vez querrás no haber nacido.

Yo sé muy bien que te dirán
 que la vida no tiene objeto
 que es un asunto desgraciado.

Entonces siempre acuérdate
 de lo que un día yo escribí
 pensando en ti como ahora pienso.

Un hombre solo una mujer
 así tomados de uno en uno
 son como polvo no son nada.

Pero yo cuando te hablo a ti
 cuando te escribo estas palabras
 pienso también en otros hombres.

Tu destino está en los demás
 tu futuro es tu propia vida

tu dignidad es la de todos.

Otros esperan que resistas
que les ayude tu alegría
tu canción entre sus canciones.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

Nunca te entregues ni te apartes
Junto al camino nunca digas
No puedo más y aquí me quedo.

La vida es bella tú verás
Como a pesar de los pesares
Tendrás amor tendrás amigos.

Por lo demás no hay elección
Y este mundo tal como es
Será todo tu patrimonio.

Perdóname no sé decirte
Nada más pero tú comprende
Que yo aún estoy en el camino.

Y siempre acuérdate
De lo que un día yo escribí
Pensando en ti como ahora pienso

Al Consejo de Universidades y al Ministerio de Educación lo que les gusta es la lingüística, que al fin y al cabo es una ciencia, si no tan noble como la informática, la pedagogía o la animación sociocultural, sí mucho más respetable que la literatura, que como es sabido trata de gente que no existe y más de una vez ha enloquecido a lectores incautos transmitiéndoles sentimientos de concupiscencia y rebeldía. Gracias a los nuevos planes de estudio, los alumnos obtendrán un conocimiento exhaustivo de las leyes del idioma sin el menor peligro de contagio. No sabrán poner correctamente un acento ni articular una frase de más de cinco palabras, ni tendrán por qué haberse molestado en leer una novela, pero el fonema guardará ningún secreto para ellos. Si el ejemplo se extiende, muy pronto la medicina no servirá para curar, sino para explicarles a los enfermos los pormenores de su dolencia, y la gastronomía podrá estudiarse en ayunas, y los capitanes de barco se jubilarán después de largos años de aprenderlo todo sobre la didáctica de la navegación y las mareas sin haber tenido necesidad de embarcarse nunca. La tarea es larga y difícil, pero por lo pronto se ha conseguido que un número creciente de españoles pase por la escuela, el instituto y la universidad como pasaron Daniel y sus amigos por el foso de fuego, milagrosamente indemnes, libres de todo rastro de daño y de conocimiento, y sobre todo de esa funesta manía de pensar que tan heroicamente combatió otro insigne reformador de nuestro sistema educativo, el rey

don Fernando VII, el cual, por carecer en su tiempo de inteligencias pedagógicas como las que actualmente nos rigen, no tuvo más remedio que cerrar las universidades y sustituirlas por escuelas de tauromaquia.

Que el Ministerio de Educación se ocupe de fomentar la ignorancia y que a los futuros profesores de literatura se les exima de la tediosa obligación de conocerla pueden parecer decisiones paradójicas, pero en el fondo obedecen a un cierto modelo de conducta que ha mostrado su indudable eficacia en los últimos años de la vida española desde que se comprobó, primero con desconcierto, y luego con un poco de babosa gratitud, que los más, berroqueños franquistas se convertían en sonrientes demócratas de traje azul marino, y los republicanos de siempre, en monárquicos leales hasta las lágrimas. Inaugurada así la lógica de los imposibles, el paso de los años la ha ido mejorando: una de las tareas de ciertos servicios antiterroristas consistía en organizar actos terroristas; los mayores beneficiarios del socialismo en el poder son los banqueros y los especuladores; la política de repoblación forestal sirve para extender el desierto; los directivos de la Agencia del Medio Ambiente andaluza dedican sus ocios a cazar ciervas preñadas; dos hombres que abusan de una muchacha oligofrénica salen en libertad porque en el fondo se dejaron llevar por una comprensible expiación amorosa; cuando el tráfico ha vuelto inevitable una ciudad, se abren zanjas estratégicamente calculada para perfeccionar el desastre; a un pirómano contumaz se le prescribe como terapia que trabaje de bombero, y el hombre, para no ser indigno de la confianza recibida, provoca en cuanto puede un incendio capaz de colmar las más ambiciosas expectativas de sus benefactores.

En su trato con la literatura, el poder siempre ha tenido la tentación de la piromanía, y no lo digo por esa concejala de Cultura que el año pasado se hizo momentáneamente célebre al quemar algunos libracos de hace dos o tres siglos con objeto de ampliar el espacio de su biblioteca pública. La literatura es la gran memoria universal de los hombres, el archivo viviente de sus mejores rebeldías, de su desasosiego, de su instinto de felicidad y de razón, el testimonio amargo o exaltado pero casi siempre ejemplar de su rabia contra la mansedumbre y de su ironía frente a lo indiscutible. La existencia de la literatura implica una doble soberanía de conciencia, la de quien escribe y la de quien lee, la licitud de la imaginación y la solidaridad inviolable de los desconocidos. La literatura nos explica la parte de lucidez que hay en la locura y de compañía íntima en la soledad, y porque nos permite viajar a lugares donde nunca hemos estado y compartir las palabras y las sensaciones de hombres que vivieron mucho antes que nacióramos nosotros dilata nuestra conciencia más allá de los límites obligatorios del espacio y del tiempo. Gracias a la literatura aprendemos a no descartar lo imposible y a desconfiar de lo evidente, a venerar las palabras que pueden contarnos la verdad y a saber que con frecuencia son armas de la mentira. Entendiendo a los héroes de la literatura nos entendemos a nosotros mismos: viajando por su mediación al pasado aprendemos a descifrar las raíces que constituyen el presente.

La literatura, pues, es un saber inútil. Tan inútil que ni una sola tiranía se ha olvidado de someterla al tribunal de los inquisidores y al cielo de los pirómanos. En un entremés de Cervantes, un candidato a alcalde protesta airadamente cuando le preguntan si sabe leer. Tan orgulloso de su analfabetismo como de su condición de cristiano viejo, declara que los libros llevan a los hombres al brasero y a las mujeres a la casa llana. Quién sabe si lo que el bombero incendiario se proponía al prender fuego a ese bosque era evitar que la madera de sus árboles acabara en el futuro convertida en papel, en hojas olorosas de libros. Quién sabe si gracias a las medidas pedagógicas del Ministerio de Educación y del Consejo de Universidades los posibles incendiarios del

porvenir no lograrán satisfacer su vocación de oscurantismo sin necesidad de prohibir los libros o de condenarlos al fuego. La más hermosa y necesaria utopía de aquella izquierda española exterminada para siempre en la tierra civil fue la democratización del saber. Pero los tiempos cambian y el viejo sueño de la Instrucción Pública. Como el de la decencia pública, se ha vuelto un anacronismo que ya sólo parece conmovir a unas pocas sentimentales incurables. Ya no sé si en el futuro todos los bomberos serán incendiarios convictos y los violadores, rodeados del afecto de sus convecinos, dirigirán cursillos de convivencia marital. Por lo pronto, la incompetencia, la demagogia, el cinismo, con la ayuda de esas buenas intenciones de las que según dicen está empedrado el infierno, van implantando entre nosotros la obligatoriedad de la ignorancia.

Nota: texto comentado en mi libro *Análisis de textos literarios y periodísticos*

A mis doce años de edad estuve a punto de ser atropellado por una bicicleta. Un señor cura que pasaba me salvó con un grito: ¡Cuidado! El ciclista cayó a tierra. El señor cura, sin detenerse, me dijo: ¿Ya vio lo que es el poder de la palabra? Ese día lo supe. Ahora sabemos, además, que los mayas lo sabían desde los tiempos de Cristo, y con tanto rigor, que tenían un dios especial para las palabras.

Nunca como hoy ha sido tan grande ese poder. La humanidad entrará en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. No es cierto que la imagen esté desplazándolas ni que pueda extinguirlas. Al contrario, está potenciándolas: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. Palabras inventadas, maltratadas o sacralizadas por la prensa, por los libros desechables, por los carteles de publicidad; habladas y cantadas por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, los altavoces públicos; gritadas a brocha gorda en las paredes de la calle o susurradas al oído en las penumbras del amor. No: el gran derrotado es el silencio. Las cosas tienen ahora tantos nombres en tantas lenguas que ya no es fácil saber cómo se llaman en ninguna. Los idiomas se dispersan sueltos de madrina, se mezclan y confunden, disipados hacia el destino ineluctable de un lenguaje global.

La lengua española tiene que prepararse para un oficio grande en ese porvenir sin fronteras. Es un derecho histórico. No por su prepotencia económica, como otras lenguas hasta hoy, sino por su vitalidad, su dinámica creativa, su vasta experiencia cultural, su rapidez y su fuerza de expansión, en un ámbito propio de diecinueve millones de kilómetros cuadrados y cuatrocientos millones de hablantes al terminar este siglo. Con razón un maestro de letras hispánicas en Estados Unidos ha dicho que sus horas de clase se le van en servir de intérprete entre latinoamericanos de distintos países. Llama la atención que el verbo pasar tenga cincuenta y cuatro significados, mientras que en la república del Ecuador tienen ciento cinco nombres para el órgano sexual masculino, y en cambio la palabra condoliente, que se explica por sí sola, y que tanta falta nos hace, aún no se ha inventado. A un joven periodista francés lo deslumbran los hallazgos poéticos que encuentra a cada paso en nuestra vida doméstica. Que un niño desvelado por el balido intermitente y triste de un cordero, dijo: «Parece un faro». Que una vivandera de la Guajira colombiana se rechazó un cocimiento de toronjil porque le supo a Viernes Santo. Que Don Sebastián de Covarrubias, en su diccionario memorable, nos dejó escrito de su puño y letra que el amarillo es el color de los enamorados. ¿Cuántas veces no hemos probado nosotros mismos un café que sabe a ventana, un pan que sabe a rincón, una cereza que sabe a beso?

Son pruebas al canto de la inteligencia de una lengua que desde hace tiempo no cabe en su pellejo. Pero nuestra contribución no debería ser la de meterla en cintura, sino al contrario, liberarla de sus fierros normativos para que entre en el siglo venturo como Pedro por su casa. En ese sentido me atrevería a sugerir ante esta sabia audiencia que simplifiquemos la gramática antes de que la gramática termine por simplificarnos a nosotros. Humanicemos sus leyes, aprendamos de las lenguas indígenas -a las que tanto debemos- lo mucho que tienen para enseñarnos y enriquecernos, asimilemos pronto y bien los neologismos técnicos y científicos antes de que se nos infiltren sin digerir, negociemos de buen corazón con los gerundios bárbaros, los qués endémicos, el dequeísmo parasitario, y devuélvamos al subjuntivo presente el esplendor de sus esdrújulas: váyamos en vez de vayamos, cántemos en vez de cantemos, o el armonioso muéramos en vez del siniestro muramos. Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y la jota, y pongamos más uso de razón en los acentos escritos, que al fin y al cabo nadie ha de leer lagrima donde diga lágrima ni confundirá revólver con revolver. Y qué de nuestra be de burro y nuestra ve de vaca, que nuestros abuelos españoles nos trajeron como si fueran dos y siempre sobra una?

Son preguntas al azar, por supuesto, como botellas arrojadas a la mar con la esperanza de que lleguen al dios de las palabras. A no ser que por estas osadías y desatinos, tanto él como todos nosotros terminemos por lamentar, con razón y derecho, que no me hubiera atropellado a tiempo aquella bicicleta providencial de mis doce años.

No habían cumplido años ni la rosa ni el arcángel.
 Todo, anterior al balido y al llanto.
 Cuando la luz ignoraba todavía
 si el mar nacería niño o niña.
 Cuando el viento soñaba melenas que peinar
 y claveles el fuego que encender, y mejillas,
 y el agua unos labios parados donde beber.
 Todo, anterior al cuerpo, al nombre y al tiempo.
 Entonces, yo recuerdo que, una vez en el cielo...

Prmer recuerdo

....Una azucena tronchada...
 G. A. Bécquer

Paseaba con un dejo de azucena que piensa,
 casi de pájaro que sabe ha de nacer.
 Mirándose sin verse a una luna que le hacía espejo el sueño
 y a un silencio de nieve, que le elevaba los pies.
 A un silencio asomada.
 Era anterior al arpa, a la lluvia y a las palabras.
 No sabía.
 Blanca alumna del aire,
 temblaba con las estrellas, con la flor y los árboles.
 Su tallo, su verde talle.

Con las estrellas más
que, ignorantes de todo,
por cavar dos lagunas en sus ojos
la ahogaron en dos mares.
Y recuerdo...
Nada más: muerte, alejarse.

Segundo recuerdo

...rumor de besos y batir de alas...

G. A. Bécquer

También antes,
mucho antes de la rebelión de las sombras,
de que al mundo cayeran plumas incendiadas
y un pájaro pudiera ser muerto por un lirio.
Antes, antes que tú me preguntaras
el número y el sitio de mi cuerpo.
Mucho antes del cuerpo.
En la época del alma.
Cuando tú abriste en la frente sin corona, del cielo,
la primera dinastía del sueño.
Cuando tú, al mirarme en la nada,
inventaste la primera palabra.
Entonces, nuestro encuentro.

Tercer recuerdo

...detrás del abanico
de plumas de oro...

G. A. Bécquer

Aún los vales del cielo no habían desposado al jazmín y la nieve,
ni pensando en la posible música de tus cabellos;
ni decretado el rey que la violeta se enterrara en un libro.
No.
Era la era en que la golondrina viajaba
sin nuestras iniciales en el pico.
En que las campanillas y las enredaderas
morían sin balcones que escalar y estrellas.
La era
en que al hombro de un ave no había flor que apoyara la cabeza.
Entonces, detrás de tu abanico, nuestra luna primera.

Más allá de estas anécdotas de escaso interés para el lector, percibo en las páginas de Cultura los corolarios de una endogamia que, por acentuarse de año en año, corre el riesgo de convertirse en autismo. La existencia de unos intelectuales orgánicos, no ya al servicio de un partido político o grupo social, sino de la empresa, tiene a la corta o a la larga efectos negativos si no se toma conciencia de ello y no se adoptan medidas para circunscribir el mal. Todos

conocemos a estos escritores (buenos o mediocres, igual da) que están siempre en la brecha, allí donde deben estar y que si critican lo divino y lo humano se guardan muy mucho de emitir el menor reparo al funcionamiento del sector cultural y a unos favoritismos de los que son lo primeros beneficiarios. Tal vez eso sea inevitable y difícil de erradicar. Pero si desaparecen las voces críticas o son ahogadas por un discurso satisfecho y eufórico—como sucedía en otra escala, mucho más nociva, en las antiguas Uniones de Escritores de los países del “socialismo real”—se corre el riesgo de hablar y aplaudir a quien habla de forma “autorizada”; en otras palabras, de confundir la voz propia con la voz de la sociedad.

Junto a la figura del Defensor del Lector a secas, habría que crear la de un Defensor del Lector Literario, con el encargo expreso de señalar los usos y abusos de nuestro peculiar Parnaso con la ironía de un Larra o un Clarín; el elogio en el que no cree ni el que lo da ni el que lo lee ni a veces, si conserva una pizca de lucidez, el que lo recibe; los compadreo, aborrecimientos y exclusiones ajenos a toda ética y sentido común; la censura comercial mucho más solapada y mortífera que la antigua censura religiosa, ideológica o política. Hoy, como hace cuarenta años, lo que entiendo por crítica literaria—extraño quizá a la mentalidad española, según creía Cernuda— se refugia de ordinario en unas pocas revistas independientes de toda subvención estatal y autonómica, como es el caso heroico de *Quimera* o *Archipiélago*, o recurre al libelo provocador pero saludable del samizdat. Quién sabe si los foros espontáneos de internautas serán en el futuro la única alternativa viable a la tiranía de la trivialidad.

Las cosas no han cambiado mucho desde el día en el que el último cervantes llegó al café Gijón. En mi novela *Don Julián*—prohibida por los servicios del entonces padrino de aquél—, hablaba de “esas estatuas todavía sin pedestal, pero ya con la mímica y el desplante taurómacos” de los escaladores del “laurífico escalafón, que vierten a raudales su simpático don de gentes: si me citas te cito, si me alabas te alabo, si me lees te leo; ¡original y castizo sistema crítico fundado en la tribal, primitiva economía de trueque! ¡Poetas, narradores, dramaturgos, al acecho de planetario premio, de alcaponesca beca!: trenzándose, entretanto, unos a otros, floridas guirnalda, prodigándose henchidos elogios, redactando sonoros panegíricos: fuera de tono, inauténticos siempre excepto cuando airada, recíprocamente se combaten”, etcétera.

Cualquier parecido con el Parnaso de hoy sería desde luego simple coincidencia. En este campo, si tenemos en cuenta los estragos de la seudocultura mediática y la ignorancia general de nuestro pasado, incluso el más próximo, no cabe sino concluir que vamos a menos”.

Nota: texto comentado en “Goytisolo hoy (...que vamos a menos)” en *Mensajes periodísticos y sociedad del conocimiento*. Madrid, Fragua, 2004, págs. 545-552

Este lunes de abril templado y diligente,
 muy de mañana, sin haber dormido.
 Por la cafetería cruza el buitre
 de los horarios laborales,
 entre tazas, tostadas y periódicos
 se discuten las últimas noticias,
 y el hombre del secreto
 se sumerge en el túnel de una nueva semana.
 Deshoja el bienestar de su café,
 sonrío a quien le mira, se consuela,
 porque tiene un secreto.

Los cuerpos juveniles son presente,
 pero nos llega impuesta del pasado
 la inocencia arbitraria de sus conversaciones.
 El hombre del secreto lo comprende
 camino del trabajo,
 cuando los estudiantes llenan el autobús

y un tumulto de cuerpos con la cara lavada
se apodera del lunes.

Los ve crecer, observa
como un brillo de incógnita en sus ojos,
una quietud después desvanecida
por usura del tiempo.
Vivir es ir doblando las banderas.

El hombre de los ojos encendidos
se hiere con las roas académicas,
consigue entre saludos, puñales y cipreses
cruzar el campus universitario,
recorre los pasillos en busca de su aula,
da su clase,
pero tiene un secreto
y el tema diecinueve se convierte
en materia de asombro,
poemas que se escapan de la página,
versos que llegan a la cima
de un mirada en vilo,
alguien que deja los apuntes
y los libros de texto,
para cerrar las manos hasta herirse
con otra rosa viva
mucho más inclemente,
la rosa de un secreto en el alma de un lunes.

Abre la puerta del despacho
y los libros sonríen como cómplices viejos.
En ellos ha leído lo que siente,
sólo literatura descentrada.
Pero esta vez no,
porque esta noche no,
esta mañana no,
Y el hombre del secreto al levantarse
se miró en el espejo,
y descubrió el enigma
de sus extraños ojos encendidos,
y se dijo que no,
esta vez no.

¿Y la ciudad? Abierta
de luz, cuerpo tendido,
ha cambiado de piel en la ventana.
Ya no será paciencia, ni callejón nocturno,
ni día laborable de tráfico dudoso.
Así que va al teléfono,
busca la tinta azul del número apuntado
en el carné de conducir,
la condición de un lunes
que ya no tiene voluntad de fecha
sino de fruta, de sabor en los labios.

El hombre del secreto marca y dice:

“Buenos días, soy yo, he terminado”.

Se adormecen los ojos de la cal y del oro...
 Un éxtasis de incienso flota al compás de la música.
 Las navetas doradas guardan los sofocantes perfumes del Oriente que escapan, como pájaros de plumas fastuosas, desde los braseros,
 en busca de los árboles de nombre aromáticos: benjuí y cinamomo.
 La tarde abre su cofre de rubíes y silencio.
 Los ciriales se inclinan gráciles como mieses.
 ¡O salutaris hostia!, cantan las colegialas bajo los blancos velos,
 y desde la campiña que junio hace vibrar con vihuelas de insectos,
 llega el rumor de una campana,
 anhelante como un seno desnudo después de haber corrido
 que bañara sus venas azuladas de ecos en el frescor del aire.
 En el vidrio angustioso de los fanales
 Brilla la rubia abeja ardiente de la llama.
 Trémulas campanillas anuncian la Custodia
 en suave temblor de cristal y de trigo.
 Racimos palpitantes entrelazan sus pámpanos por la plaza
 desnuda de los ángeles.
 La cera goteando marchita los bordados
 y la piedad vuelca sus bandejas de flores
 ante la enhiesta espiga que guarda entre sus oros,
 como un pétalo blanco de virginal harina, el limpio
 corazón del Sacramento.

He abierto el balcón y me he encontrado azul
 La tarde y el jardín...¿Qué azul, Dios mío, es este?
 Parece una penumbra velada por un tul
 Que todo lo hace sueño con su vagar celeste.

La estrella está en la torre; y tú, lama mía, ahora irás-
 ¿Por qué camino?- buscándote un consuelo...
 ¡oh tibia, oh melancólica, florida y dulce hora
 en que el dolor enclava los ojos en el cielo!

Jardín, tú estás celeste tú, balcón
 Celeste el agua, el árbol, el corazón celeste;
 Está todo celeste: la pena, la ilusión...
 ¿Qué azul, Dios mío, es este? ¡Qué azul, Dios mío, es este!

El modelo de mujer hacendosa y recatada que las madres proponían a sus hijos para que se ajustara a él la futura compañera de su vida contribuía a apagar la sed de aventura que late en toda búsqueda o elección personal. La aventura había que buscarla por otros pagos más prometedores. “Esa chica no es para casarse-se solía decir-. No ha sido para él más que una aventura”. A muchos hombres, probablemente, les hubiera gustado que no estuvieran tan marcados los límites entre el campo de la aventura y el del noviazgo. Pero eran pocos los que se rebelaban contra esa dicotomía. Así que iban relegando a un territorio proscrito su sede de aventura, prostituyéndola en lugar de aplicarla. Y el placer que pudieran extraer de sus “aventuras” lo abarataban al hacer trofeo de él ante

los demás, pagando así con vil ingratitud la generosidad de quien les pudiera haber concedido sus favores con menos tacañería de la habitual. Se hablaban unos a otros de sus aventuras, porque una vez que se tenía la novia, de la novia ya no estaba bien visto contar nada. Se daba por supuesto que aquella que se había elegido para esposa decente no constituía material de narración.

Palacio, buen amigo,
 ¿está la primavera
 vistiendo ya las ramas de los chopos
 del río y los caminos? En la estepa
 del alto Duero, Primavera tarda,
 ¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...
 ¿Tienen los viejos olmos
 algunas hojas nuevas?
 Aún las acacias estarán desnudas
 Y nevados los montes de las sierras.
 ¡Oh mole del Moncayo blanca y rosa,
 allá, en el cielo de Aragón, tan bella!
 ¿Hay zarzas florecidas
 entre las grises peñas,
 y blancas margaritas entre la fina hierba?
 Por esos campanarios
 Ya habrán ido llegando las cigüeñas.
 Habrá trigales verdes,
 y mulas pardas en las sementeras,
 y labriegos que siembran los tardíos
 con las lluvias de abril. Ya las abejas
 libarán del tomillo y el romero.
 ¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
 Furtivos cazadores, los reclamos
 de la perdiz bajo las capas luengas,
 no faltarán. Palacio, buen amigo,
 ¿tienen ya ruiseñores las riberas?
 Con los primeros lirios
 Y las primeras rosas de las huertas,
 En un tarde azul, sube al Espino,
 Al alto Espino donde está su tierra...

Nota: Poema comentado en el libro *Análisis de textos literarios y periodísticos*.

Acabó mi hermano por ir a misa siempre, a oír a don Manuel, y cuando se dijo que cumpliría con la parroquia, que comulgaría cuando los demás comulgasen, recorrió un íntimo regocijo al pueblo todo, que creyó haberle recobrado. Pero fue un regocijo tal, tan limpio, que Lázaro no se sintió vencido ni disminuido.

Y llegó el día de su comunión, ante el pueblo todo. Cuando llegó la vez a mi hermano pude ver que don Manuel, tan blanco como la nieve de enero en la montaña, y temblando como tiembla el lago cuando le hostiga el cierzo, se le acercó con la sagrada forma en la mano, y de tal modo le temblaba ésta al arrimarla a la boca de Lázaro, que se le cayó la forma a tiempo que le daba un vahído. Y fue mi hermano

mismo quien recogió la hostia y se la llevó a la boca. Y el pueblo, al ver llorar a don Manuel, lloró, diciéndose: << ¡Cómo le quiere! >> Y entonces, pues era la madrugada, cantó el gallo.

Al volver a casa y encerrarme en ella con mi hermano, le eché los brazos al cuello y besándole le dije:

-¡Ay, Lázaro, Lázaro!, ¡qué alegría nos has dado a todos, a todos, a todo el pueblo, a todos, a los vivos y a los muertos, y sobre todo a mamá, a nuestra madre! ¿Viste? El pobre don Manuel lloraba de alegría. ¡Qué alegría nos has dado a todos!

-Por eso lo he hecho- me contestó.

-¿Por eso? ¿Por darnos alegría? Lo habrás hecho ante todo por ti mismo, por conversión.

Y entonces Lázaro, mi hermano, tan pálido y tan tembloroso como don Manuel cuando le dio la comunión, me hizo sentarme, en el sillón mismo donde solía sentarse nuestra madre, y tomó huelgo, y luego, como en íntima confesión doméstica y familiar, me dijo:

-Mira, Angelita, ha llegado la hora de decirte la verdad, toda la verdad, y te la voy a decir, porque debo decírtela, porque a ti no puedo, no debo callártela y porque además habrías de adivinarla, y a medias, que es lo peor, más tarde o más temprano.

Y entonces, serena y tranquilamente, a media voz, me contó una historia que me sumergió en un lago de tristeza. Cómo don Manuel le había venido trabajando, sobre todo en aquellos paseos a las ruinas de la vieja abadía cisterciense, para que no escandalizase, para que diese buen ejemplo, para que se incorporase a la vida religiosa del pueblo, para que fingiese creer si no creía, para que ocultase sus ideas al respecto, mas sin intentar siquiera catequizarle, convertirle de otra manera.

-Pero ¿es eso posible?- exclamé consternada.

-¡Y tan posible, hermana, y tan posible! Y cuando yo le decía: <<Pero ¿es usted, el sacerdote, el que me aconseja que finja?>> , él balbuciente: <<¿Fingir? ¡Fingir, no!, ¡eso no es fingir! Toma agua bendita, que dijo alguien, y acabarás creyendo.>> Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: <<¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?>>, él bajó la mirada y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es como le arranqué su secreto.

¡Lázaro!- gemí.

Y en aquel momento pasó por la calle Blasillo el bobo, clamando su << ¡Dios mío, Dios mío!, ¿Por qué me has abandonado?>> Y Lázaro se estremeció creyendo oír la voz de don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo.

Poema comentado en el libro *Análisis de textos literarios y periodísticos*

Me haces daño, Señor. Quita tu mano
de encima. Déjame con mi vacío,
déjame. Para abismo, con el mío
tengo bastante. Oh Dios, si eres humano,

compadécete ya, quita esa mano
de encima. No me sirve. Me da frío
y miedo. Si eres Dios, y soy tan mío
como tú. Y a soberbio, yo te gano.

Déjame. ¡Si pudiese yo matarte,
como haces tú, como haces tú! Nos coges
con las dos manos, nos ahogas. Matas

no se sabe por qué. Quiero cortarte
las manos. Esas manos que son trojes
del hambre, y de los hombres que arrebatas.

Poema comentado en el libro *Análisis de textos literarios y periodísticos*

Bruñó los recios nubarrones pardos
la luz del sol que s'agachó en un cerro,
y las artas cogollas de los árboles
d'un colé de naranjas se tiñeron.

A bocanás el aire nos traía

los ruidos d'allá lejos
 y el toque d'oración de las campanas
 de l'iglesia del pueblo.
 Íbamos dambos juntos, en la burra,
 por el camino nuevo;
 mi mujé, mu malita,
 suspirando y gimiendo.

Bandás de gorriatos montesinos
 volaban, chirriando, por el cielo,
 y volaban pal sol, qu'en los canchales
 daba relumbres d'espejelos.
 Los grillos y las ranas
 cantaban a lo lejos,
 y cantaban tamién los colorines
 sobre las jaras y los brezos;
 y, roändo, roändo, de las sierras
 llegaba el dolondón de los cencerros.

¡Qué tarde más bonita!
 ¡Qu'anocheceer má güeno!
 ¡Qué tarde más alegre
 si juéramos contentos!...

—Nó pué ser más —me ijo— vaite, vaite
 con la burra pal pueblo,
 y güervete de prisa con l'agüela,
 la comadre o el méico-.

Y bajó de la burra popo a poco,
 S'arrellenó en el suelo,
 juntó las manos y miró p'arriba,
 pa los bruñíos nubarrones recios.

¡Dirme, dejagla sola,
 dejagla yo a ella sola com'un perro,
 en metá de la jesa,
 una legua del pueblo...
 eso no! De la rama
 d'arriba d'un guapero,
 con sus ojos reondos
 me miraba un mochuelo;
 un mochuelo con ojos vedríaos
 como los ojos de los muertos...
 ¡No tengo juerzas pa dejagla sola;
 pero yo de qué sirvo si me queo!

La burra, que roía los tomillos
 floridos del lindero
 careaba las moscas con el rabo;
 y dejaba el careo,
 levantaba el jocico, me miraba
 y seguía royendo.
 ¡Qué pensará la burra,
 si es que tienen las burras pensamientos!

Me juí junt'a mi Juana,
 me jinqué de röillas en el suelo,
 jice por recordá las oraciones

que m'enseñaron cuando nuevo.
 No tenía pacencia
 p'hacé memoria de los rezos...
 ¡Quién podrá socorregla si me voy!
 ¡Quién va po la comadre si me queo!

Aturdío del tó gorví los ojos
 pa los ojos reondos del mochuelo;
 y aquellos ojos verdes,
 tan grandes, tan abiertos,
 qu'otras veces a mí me dieron risa,
 hora me daban mieo.
 ¡Qué mirarán tan fijos
 los ojos del mochuelo!

No cantaban las ranas,
 los grillos no cantaban a lo lejos,
 las bocanás del aire s'aplacaron,
 s' asomaron la luna y el lucero,
 no llegaba, roãndo, de las sierras
 el dolondón de los cencerros...
 ¡Daba tanta quietú mucha congoja!
 ¡Daba yo no sé qué tanto silencio!

M'arrimé más pa ella:
 l'abrasaba el aliento,
 le temblaban las manos,
 tiritaba su cuerpo...
 y a la lus de la luna eran sus ojos
 más grandes y más negros.
 Yo sentí que los mios chorreaban
 lagrimones de fuego.
 Uno cayó rãando,
 y, prendío d'un pelo,
 en metá de su frente
 se queó reluciendo.
 ¡Qué bonita y qué güena:
 quién pudiera sé méico!

Señó: tú que lo sabes
 lo mucho que la quiero.
 Tú que sabes qu'estamos bien casaos,
 Señó, tú qu'eres güeno;
 tú que jaces que broten las simientes
 qu'echamos en el suelo;
 tú que Jaces que granen las espigas,
 cuando llega su tiempo;
 tú que jaces que paran las ovejas,
 sin comacres ni méicos
 ¿por qué, Señó, se va a morí mi Juana
 con lo que yo la quiero,
 siendo yo tan honrao
 y siendo tú tan güeno?...

¡Ay! qué noche más larga
 de tanto sufrimiento:
 ¡qué cosas pasarían
 que decilas no pueo!
 Jizo Dios un milagro;

¡no podía por menos!

II

Toíto lleno de tierra
le levanté del suelo;
le miré mu despacio, mu despacio,
con una miaja de respeto.
Era mi hijo, ¡mi hijo!,
hijo de dambos, hijo nuestro...
Ella me lo pedía
con los brazos abiertos.
¡Qué bonita qu' estaba
llorando y sonriyendo!

Venía clareando;
sóían a los lejos
las risotás de los pastores
y el dolondón de los cencerros.
Besé a la madre y le quité mi hijo;
salí con él corriendo,
y en un regacho d' agua clara
le lavé tó su cuerpo.
Me sentí más honrao,
más cristiano, más güeno,
bautizando a mi hijo como el cura
bautiza los muchachos en el pueblo.

Tié que ser campusino,
tié que ser de los nuestros,
que por algo nació baj' una encina
del caminito nuevo.

Icen que la nacencia es una cosa
que miran los señores en el pueblo:
pos pa mí que mi hijo
la tié mejor que ellos,
que Dios jizo en presona con mi Juana
de comadre y de méico.

Asina que nació besó la tierra,
que, agraecía, se pegó a su cuerpo;
y jué la mesma luna
quien le pagó aquel beso...
¡Qué saben d' estas cosas
los señores aquellos!

Dos salimos del chozo;
tres golvimos al pueblo.
Jizo Dios un milagro en el camino:
¡no podía por menos!

Nota: poema comentado en mi libro *Nueva perspectiva de Luis Chamizo*

Se equivoca usted, señor titular del juzgado número 6 de Alcorcón, al proclamar la carencia de "utilidad pública" del idioma gallego. En una caricatura de Castelao, un campesino dice: "Deus nos libre da Xustiza!". Quizás estaba pensando en usted, señor juez. Fíjese que útiles y previsoras son las lenguas "subalternas".

La noticia en otros webs

webs en español

en otros idiomas

Fíjese si son previsoras que en los cuentos gallegos de Álvaro Cunqueiro hay personajes que como último deseo piden que en el ataúd, además de la Biblia, le metan el Código Civil por si tienen que pleitear en la otra vida. A la vista de como reculan los tiempos, me adelanto a pedir para el postrer viaje un ejemplar de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, además de la Constitución española (subrayado el artículo 3º, apartado 2) por si el barquero Caronte se pone pesado, dispensando, y me niega la "utilidad pública del gallego" en el Más Allá, siguiendo la doctrina de su señoría.

Ya que estamos con la verdad narrativa de los cuentos y las últimas voluntades, permítame una breve historia. Un anciano campesino manda llamar al notario para hacer el testamento definitivo. Dice: "De la tierra, dejo un tercio para Ramón, un tercio para María, un tercio para Concha, un tercio para Manuel, otro tercio para Andrés..." El notario le interrumpe: "Pero, ¿no serán muchos tercios?" Y el campesino responde: "¡No sabe usted lo grande que es la tierra!" Pues con las lenguas ocurre algo parecido. Que hay sitio para todas. Que no pesan en la cabeza. Que no hay lengua inútil.

Inútiles, inútiles no le somos, señor juez. Hay muchas personas que nos comunicamos normalmente en gallego y no nos consideramos del todo inútiles. Como ocurre incluso en la judicatura, unos somos menos útiles que otros, hacemos lo que podemos, pero respetamos. Eso si, tenemos una educación mínima del respeto. Nuestros padres nos acunaron, nos criaron y nos contaron cuentos en gallego para espantar el miedo. Y no eran unos inútiles, créame. Gracias a ellos, no le tengo miedo, señor juez.

En su Tesis sobre el concepto de la Historia, dice Walter Benjamin: "No hay ningún documento de la civilización que no sea al mismo tiempo un documento de barbarie". Yo antes no entendía muy bien esta frase, se lo juro, pero se me han aclarado de repente las ideas, como por un rayo, después de leer su fundamento "lingüístico" para negar el traslado escolar a Vigo de unas niñas en el auto tramitado en un caso de divorcio. En ese aspecto, el documento no resiste el principio de realidad. En Galicia, las niñas no sólo aprenderían gallego, sino que podrían enriquecer su castellano con las "maravillosas curvas" que Unamuno admiraba en Valle-Inclán.

No voy a hablarle ahora de Alfonso X el Sabio, ni de Rosalía de Castro, ni del tronco común galaico-portugués, patrimonio lingüístico que nos permite comunicarnos con millones de personas en el mundo, desde Brasil al Timor Oriental. Como además tenemos la suerte de compartir el castellano, vea usted, señor juez, que no vamos tan mal pertrechados, siempre, claro, que a los niños no les amputen la lengua "inútil". Creo que lo que procede en este momento es ir al argumento protoecológico enunciado por Julio Camba. Según demostró en un irónico artículo, el gallego es un idioma muy apto para hablar no sólo entre las personas sino también con todo tipo de animales. ¡Fíjese usted si será útil!

¿Y tú la edad no miras de las rosas?

Arde, Andrada, en aquel divino fuego,
fuego divino tuyo,

toma ejemplo del tiempo que no huye,
que en sus flores de tardos nos arguye,
y no dejes pasar en ocio un punto.

Vive en la excelsa llama

que a mueva gloria y resplandor te llama,

que no sabe si al día claro y puro

otro podrás contar ledo y seguro;

o si el hermoso incendio que te apura

lucirá con eterna hermosura.

Había sacado don Marcial una petaca color crema y ofrecía tabaco a todos los presentes. El Chamaría le decía:

- Se lo vamos a gastar a usted todo. Con otro golpe como este adiós
- Para eso está, para gastarlo-contesta don Marcial.

Se ponía de nuevo la chaqueta.

- Luego a la noche se encuentra usted sin. Y después de cenar, a ver qué hace.
- Mejor. Así no tengo tentaciones. Y cuanto menos fume, eso me sale ganando la garganta.
- Pues lo que es yo-terciaba el carnicero alto-, ya ve usted sé abstenerme mucho mejor si sé que tengo la petaca llena, que sí la tengo vacía
- Eso también es cierto-asintió su colega-, basta encontrarse sin tabaco para que entre unas ganas desesperadas de fumar-liaba un pitillo.
- Sí señor-dijo Claudio-, conmigo por lo menos es así Que lo tengo: pues dejo la petaca encima de la mesilla, y como sabes que le pueden echar el guante en el momento que quieras, te duermes sin fumar y tan tranquilo. Pero, amigo, lo que son las cosas; en cambio, el día que te ves sin tabaco, te lías a dar vueltas en la cama, sin poder pegar ojo, y no paras hasta que no echas pie a tierra y te agencias por ahí un cigarro como sea, aunque sea rebañando la fusca de todos los bolsillos. Ya ven ustedes qué cosa más absurda.

R. Sánchez Ferlosio, *El Jarama*

Ha pasado casi una hora. En escena Alberto solo, recogiendo toda prisa sus cosas y metiéndolas en maletas y cajas de cartón. Se abre la puerta de la calle y aparece Jamito.

Jamito. (Entrando). Nada, que no me han dejado verla. Y encima casi me gano un par de hostias. (Se da cuenta de lo que está haciendo Alberto). ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

Alberto. (Muy incómodo de que haya vuelto antes de que le diera tiempo a recoger y marcharse.) Ya lo ves. Recogiendo mis cosas

Jamito. ¿Recogiendo? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Y Elena?

Alberto. Se ha ido.

Jamito. ¿Que se ha ido? ¿Adónde? Para un momento, ¿no? Deja ya eso. ¡Para!

Alberto. Oye, me voy. Es en serio.

Jamito. ¿Qué te vas? ¿Dónde te vas?

Alberto. (Sigue recogiendo). A casa de mis padres.

Jamito. Alberto, no te comprendo de verdad. Chusa está detenida, ¿no te das cuenta? Tienes que ir tú, que a ti sé que te dejan entrar y hacer lo que puedas...

Alberto. Lo siento.

Jamito. ¿Qué lo sientes? Estás aquí llevándote tus cosas. ¿Y lo sientes? Pues no lo sientas tanto y haz algo.

Alberto. ¿Qué quieres que haga? No puedo meterme en ese lío, no sé cómo no te das cuenta, y menos después del tiro tuyo ese

Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y le llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el otro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.

Ojalá con el tiempo

sólo quede lo bueno, que los años

arrasen la memoria de los días
 de miseria y que el viento,
 igual que se llevó nuestras promesas,
 se lleve las palabras alevosas
 con que nos golpeamos
 hasta hacernos sangrar.
 Que el corazón descanse y que la lluvia
 borre la última huella de la última batalla.

José Fernández de la Sota

BIBLIOGRAFÍA

Nota: Los libros, los capítulos de libros y algunos artículos que están marcados con el signo * son fundamentales para preparar el temario de la asignatura.

- Acín, R., *En cuarentena. Literatura y mercado*. Zaragoza, Mira editores, 1996
 Acín, R., *Narrativa o consumo literario*. Zaragoza, Universidad, 1990
 Acosta Montoro, J., *Periodismo y Literatura**. Madrid, Guadarrama, 1973
 Alborg, J. L., *Sobre crítica y críticos*. Madrid, Gredos, 1991
 Aguilar Piñal, F., *La prensa en el siglo XVIII*. Madrid, C.S.I.C., 1978
 Aguilera, O., *La prensa en el periodismo*. Madrid, Paraninfo, 1992
 Amoroso, A., *O jornalismo como género literario*. Sao Paulo, Com-arte, 1990
 Ayala, F., *La retórica del Periodismo y otras retóricas*. Madrid, Espasa Calpe, 1985
 Barthes, R., *El placer del texto*. Buenos Aires, siglo XXI, 1974
 Bértolo, C., *El ojo crítico*. Barcelona, ediciones B, 1990
 Castro, J.A., *El periodismo y la novela contemporánea*. Caracas, Monte Ávila, 1969
 Celma, M. P., *Literatura y Periodismo en las revistas de fin de siglo*. Madrid, Júcar, 1991*
 Dallal, A., *Periodismo y Literatura**. México, Universidad, 1988
 Chillón, A., *Literatura y Periodismo*. Zaragoza, Aldea global, 1999
 Eliot, T. S., *Críticar al crítico**. Madrid, Alianza, 1967
 Fry, N., *El camino crítico. Ensayo sobre el contexto social de la crítica literaria*. Madrid, Taurus, 1986
 Gimferrer, P., *Literatura catalana y Periodismo*. Barcelona, Generalitat, 1996

Martínez Carranza y Delucci, Eduardo; *Cómo se vinculan el periodismo y la literatura?* Buenos Aires, Biblos, 2008

Méndez Noguero, A., *Antonio Machado, periodista*. Pamplona, Eunsa, 1995

Molina, C. A., *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*. Madrid, Endymion, 1990

Moreno, V., *De brumas y de veras*. Pamplona, Pamiela, 1994

Muñoz Molina, A., *Pura alegría*. Madrid, Alfaguara, 1998

Padilla, J.M., *Literatura y Periodismo de posguerra (1940-1950)*. Huelva, Imprenta Beltrán, 1995

Palenque, M., *Gusto poético y difusión literaria e el realismo español ("La Ilustración española y americana, 1869-1905")*. Sevilla, Alfar, 1990

Palomo, M. P., (coord.) , *Movimientos literarios y periodismo*. Madrid, Síntesis, 1997*

Rebollo Sánchez, F., "Acercamiento a Martínez Mediero" en *Región Extremeña*. Badajoz, núm. 6, 1979, págs. 47-48

- "La retórica del periodismo y otras retóricas" en *Ínsula*. Madrid, 1985, núm. 469, págs. 19-20
- "El lenguaje en los medios de comunicación" en *Lanza*. Ciudad Real, 18 de octubre de 1985, pág. 24
- "La literatura de no ficción en el marco del `Nuevo Periodismo" en *Anaquelet*. Mérida, núm. 4, 1986, págs. 11-13
- "30 años de novela en España" en el diario *El independiente*. Libros. Madrid, 18 de abril de 1991, pág. 34
- "El periodista y la información" en *Revista del C.E.P.* Madrid, junio, 1993, págs. 12-14
- "Importancia de la literatura" en *La escuela en acción. Revista de pedagogía*. Madrid, diciembre, 1994, págs. 33-38.
- "El texto literario como cimiento de nuestra formación" en *Actas de las I Jornadas Internacionales de Jóvenes Investigadores en Ciencias de la Información*. Del 9 al 13 de mayo de 1994. Madrid, Universidad Complutense, 1995, págs. 131-134
- "Periodismo y Literatura a principios de siglo" en *Actas del II Simposio de Lengua y Literatura. Experiencias didácticas*. Madrid, 1996, págs. 117-126
- "O Jornalismo como género literario" en *Historia y Comunicación Social*. Madrid, Universidad Complutense, 1996, págs. 323-324
- "Las revistas literarias españolas de preguerra, de guerra y de exilio" en *Literatura : Creación y Enseñanza*. Madrid, Ediciones del Orto, 1997, págs. 351-362
- "El novecentismo: ensayo, novela y periodismo" en *Movimientos literarios y Periodismo en España*. Madrid, Síntesis, 1997, págs. 387-396
- *Periodismo y movimientos contemporáneos españoles (1900-1939)*. Madrid, Huerga / Fierro, 1997*
- "La labor periodística de Antonio Machado", *Actas del VI Simposio sobre Experiencias Didácticas*. Madrid, Asociación de Profesores de Español Francisco de Quevedo', 1999, págs. 57-65
- "Periodismo y Novecentismo Literario" en *Actas del VII Simposio de Profesores de Español*. Lugo, 1999, págs. 503-519
- "La Gazeta de Arte" en *La lengua y los medios de comunicación*. Madrid,

- Facultad de Ciencias de la Información, 1999, págs. 774-781
- “El periodismo literario de los ensayistas y narradores novecentistas”, en *Espéculo*, núm. 18, 2001
 - “La libertad de información y el estilo periodístico” en *Las mil caras de la comunicación*. Madrid, Universidad Complutense-Facultad de Ciencias de la Información, 2001, págs. 493- 502
 - “...que quiero oír el mar” en *En torno al mito*. Madrid, Universidad Complutense-Facultad de Ciencias de la Información, 2002, págs. 275-284
 - *Literatura y periodismo hoy**. Madrid, Fragua, 2000
 - *Análisis de textos literarios y periodismo**. Madrid, Laberinto, 2001
 - *Nueva perspectiva de Luis Chamizo* . Madrid, Beturia, 2001
 - *Periodismo y Movimientos Literarios Contemporáneos**. Laberinto, 2002
 - *Novela y Sociedad en Galdós*. Santander, Tantin, 1999
 - *Galdós y Misericordia*. Madrid, Gráficas Benzal, 1993. Edición del autor.
 - Ed. *Cuentos *de Benito Pérez Galdós*. Madrid, Akal, 2003
 - “Una voz que clama: lo literario en la Prensa” en *Prensa y Periodismo Especializado II*. Guadalajara, 2004, págs. 19-26
 - “Azorín (1873-1967): lo creativo en la Prensa”, *Literatura y Prensa. Estudios de Literatura Española Contemporánea*. A Coruña, Diputación, 2006, págs. 187-203. Artabria: Grupo de Investigación de la Universidad de A Coruña.
 - “César González Ruano: Periodista literario” en *Vida, Pensamiento y Aventura de César González Ruano*. Gijón, Libros del Peixe, 2005, págs. 391-399
 - “Goytisolo hoy (“...que vamos a menos”)” en *Mensajes periodísticos y sociedad del conocimiento*. Madrid, Fragua, 2004, págs. 545-552
 - “La poesía religiosa de Pablo García Baena” * en *La literatura, la iglesia y el reino de este mundo. Estudios de Literatura Española Contemporánea*. La Coruña, Pro Gallaecia Fovenda- Grupo de investigación, 2007, págs. 167- 177
 - “Revistas literarias y culturales (1995-2005)” * en *Prensa especializada actual*. Madrid, McGrawHill, 2008, págs. 257-286
 - “El espacio literario de Montserrat Roig” * en *Letra de Mujer*. Madrid, Laberinto, 2008, págs. 269-282
 - *Antonio Machado: entre la literatura y el periodismo.** Madrid, Fragua, 2008
 - “La columna literaria” * , en *El artículo literario: Manuel Alcántara*. Málaga, Fundación M. Alcántara, 2008, págs. 68-2
 - Ed. *Santa Juana de Castilla de Benito Pérez Galdós**. Madrid, Fragua, 2010

República de las Letras, núm. 17, “La crítica literaria en España”.

Riaza, L., “Los círculos” en la revista *Primer Acto*. Madrid, núm.166, marzo, 1974, pág.

68

Rico, F., “El texto de los clásicos” en *La Razón*. Madrid, 15 de noviembre de 1998

Rivas, M. *El periodismo es un cuento*. Madrid, Alfaguara, 1997

-“Ha muerto una nación” en *El País*. Madrid, 28 de enero de 1999

- Rodríguez Méndez, J. M., “La tradición burguesa frente al realismo” en *Primer Acto*. Madrid, núm. 192, 1968, págs. 30-31
- “En memoria de Carlos Muñiz” en el diario *El País*. Madrid, 11 de noviembre de 1994, pág. 51
 - “Repulsa” en el diario *El País*. Madrid, 21 de marzo de 1998, pág. 15
- Roy, Joaquín, *Periodismo y ensayo: de Colón al “Boom”*. Lérida, Universidad, 2000
- Rotterdam, Erasmo de, *Elogio de la locura*. Bogotá, La oveja negra, 1996
- Roig, M., “Juan Marsé o la venganza de la memoria” en el suplemento *Libros* del diario *El País*. Madrid, 20 de junio de 1982, pág. 7
- Ruibal, J., “Un teatro como totalidad poética” en *Ínsula*. Madrid, núm. 289, diciembre, 1970, pág. 15
- Ruiz Barrionuevo, C., “La poesía de Claudio Rodríguez a la vista de *El vuelo de la celebración*”. Salamanca, núm. 57, 1976
- Ruiz Ramón, F., “La problemática del teatro actual en España” en *Arte y Pensamiento*. *El País*. Madrid, 25 de marzo de 1979, pág. VI
- Roy, J., *Periodismo y Literatura*. Madrid. Ala, 1986
- Sábato, E., *El escritor y sus fantasmas*. Barcelona, Seix Barral, 1983
- Salvat, R., “Descubrimiento de un gran autor teatral: Miguel Romeo Esteo en *Tele/Exprés*”. Barcelona, 13 de octubre de 1972
- Santos, D., “Verlas venir: revistas que se suceden a revistas” en *Estafeta Literaria*, núm., 278, 9 de noviembre de 1963
- Sánchez Ferlosio, R., *Ensayos y artículos*. Barcelona, Festino, 1992
- Sánchez Bravo, A., *Periodistas: mensajeros, escribas y retóricos*. Madrid, Pirámide, 1979
- Sánchez Mazas, R., *Las terceras de ABC*. Madrid, Prensa Española, 1977
- Sánchez Robayna, A., *Revistas literarias españolas de los años 80 (en lengua castellana)*. Santa Cruz de Tenerife, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1987
- Santos, C., “Reseña de *La tempestad*” en *República de las letras*. Madrid, núm. 56, 1998
- Saramago, J., “Perfiles cervantinos en la obra de Torrente” en el *ABC Cultural*. Madrid, 4 de febrero de 1999
- Senabre, R., “La novela del realismo crítico” en *Eidós*. Madrid, núm. 34, 1971
- “La crítica inmediata” en VV. AA. *Periodismo y crítica literaria hoy*. Sevilla, Alfar, 1996
 - *Capítulos de historia de la lengua literaria*. Cáceres, Universidad, 1998
 - “Lo actual y lo moderno” en *ABC*. Madrid, 9 de marzo de 1994, pág. 3
 - “Enciclopedia de la novela española” en *El Cultural* del periódico *La Razón*. Madrid, núm. 20, 21 de marzo de 1999, pág. 11
- Seoane, M. C., “La literatura en la Hemeroteca” en VV. AA., *Hemeroteca municipal de Madrid. 75 aniversario*. Madrid, Ayuntamiento, 1995, págs. 151-158
- Siles, J., “Los novísimos: la tradición como ruptura, la ruptura como tradición”, en *Hispanorama*, núm. 48, 1988, págs. 120-130
- “La palabra fundadora”. *Quimera*. Madrid, núms. 9 y 10, 1981
 - “Dos versos de Claudio Rodríguez y una prosa de Pedro Salinas: Ensayo de reconstrucción”. *Ínsula*. Madrid, núms. 444-445, 1983
 - “Centón de teatro” en el *ABC Literario*. Madrid, 1997, pág. 9

- Sorel, A., “Lo que queda de la literatura” en *República de las letras*. Madrid, núm. 56, abril, 1998
- Soria Olmedo, A., *Vanguardismo y crítica literaria en España**. Madrid, Istmo, 1988
- Soriano, E., “Critizando al crítico” en *Índice de las Artes y las letras*. Madrid, núm. 48, 15 de febrero de 1952
- Suñén, L., “Los santos inocentes” en el suplemento *Libros. Diario El País*. Madrid, 27 de septiembre de 1981, pág. 5
- Steiner, G., *Lenguaje y silencio*. Barcelona, Gedisa, 1990
- Starobinski, J., *La relación crítica*. Madrid, Taurus, 1974
- Tabau, Y., *Teoría y práctica del periodismo cultural*. Barcelona, A.E.T., 1982
- Torrente Ballester, G., *Torre del Aire*. La Coruña, Diputación Provincial, 1992
- “La imaginación y todo eso” en *ABC Cultural*. Madrid, núm. 65, 27 de febrero de 1982, pág. XII
 - *Cuadernos de la Romana*. Barcelona, Destino, 1975
 - “Escorial en el recuerdo” en *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*. Madrid, Taurus, 1976
 - “La crítica como necesidad” en *ABC literario*. Madrid, 14 de julio de 1990
- Tovar, A., “Necesidad de la crítica” en *Santo y Seña*, núm. 1, 5 de octubre de 1941
- Turón, S., “Ángel García Pintado. Transformar la sociedad, cambiar la vida” en *Primer Acto*. Madrid, núms. 123-124, 1970, págs. 88-89
- Ullán, J. M., “La progresiva sombra del margen” en *El País*. Madrid, 12 de abril de 1978
- “Viejas amistades. El grupo poético de los 50 años” en *Arte y Pensamiento. Suplemento del diario El País*. Madrid, 7 de mayo de 1978, pág. 1
- Umbral, F., “Pascua florida de las revistas” en *Estafeta Literaria*, núm., 263, abril de 1963, págs. 10-11.
- “Garcilaso, en diez preguntas a José García Nieto” en *Poesía española*. Madrid, núms. 140-141, 1964, pág. 18
 - “Proel en diez preguntas a José Hierro” en *Poesía española*. Madrid, núms. 140-141, 1964, pág. 21
 - *Mis placeres y mis días*. Barcelona, Espasa Calpe, 1994
- Urrutia, J., *La verdad convenida*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1997
- Vallejo, M. L., *La crítica literaria como género periodístico*. Pamplona, Eunsa, 1993
- Valls, F., “El teatro español entre 1975-1985” en *Las Nuevas Letras*. Almería, invierno, 1985, págs. 109-117
- Valverde, J. M., *El arte del artículo*. Barcelona, Universitat, 1994
- Vargas Llosa, M., “Una explosión sarcástica en la novela española moderna en *Ínsula*. Madrid, núm. 233, abril de 1966
- Zardoya, C., “Panorama de la poesía española actual” en la *Revista Hispánica Moderna*. Madrid, núms. 3-4, 1947, pág. 267

